This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868
M366M
1905
LAC

Martinez de Güertero, L.
Mujeres del Evangelio.

[redacted]
G868 M366M 1905 LAC

G868
M366m
~~cop.2~~
1905

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

MUJERES

DEL

EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

POR LARMIG.

-2-51

[redacted]
G868 M366M 1905 LAC

G868
M366m
~~cop.2~~
1905

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

MUJERES

DEL

EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

POR LARMIG.

1-2-56

MUJERES DEL EVANGELIO

MUJERES

DEL

EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

POR LARMIG.

Con prólogo de D. Gaspar Núñez de Arce, Notas y un Apéndice
que contiene
las "Querellas del Vate Ciego" del mismo Autor.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE "EL TIEMPO"
PRIMERA CALLE DE MESONES NUMERO 18.
1905

203760

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

PRÓLOGO

En medio del confuso clamoreo que desgraciadamente levantan en España las pasiones políticas, sociales y religiosas, cuya violencia, ó más bien, cuyo vértigo, todo lo envuelve y atropella, instituciones, tradiciones, leyes, usos y costumbres, aparecen en la arena literaria las "Mujeres del Evangelio."

¿Es este libro una protesta, una aspiración, ó un gemido? No lo sé; pero cuando por todas partes se oye el trabajo de zapa de las ideas demoledoras que minan los fundamentos antiguos de la sociedad española; cuando el polvo de las ruinas que de día en día se amontonan en este ardiente campo de batalla ciega nuestros ojos y oscurece nuestra inteligencia; cuando resuenan en nuestros oídos gritos fatídicos y desconsoladores; cuando la incredulidad avanza como la corriente desbordada de una inundación; cuando los dioses y los reyes se van, hay en este libro, lleno de poesía verdadera, y escrito bajo la inspiración sublime del Evangelio, algo que contrasta con el tumulto arrollador y la agitación devoradora de estos tiempos perturbadores y calamitosos. Edificar cuando tantos destruyen; acordarse de Dios cuando tantos le olvidan; buscar en las purísimas fuentes de la religión ejemplos y sim-

bolos contra la fría impiedad que invade el cuerpo social á modo de gangrena, es empresa digna de aplauso, que revela un alma noble y honrada; es ponerse generosamente en contra de la fuerza que mata y al lado de los sentimientos que vacilan, no esquivando la lucha, y queriendo salvar del general naufragio el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

El esfuerzo es propio de un gran poeta, y "Larmig," ó mejor dicho, el escritor que se oculta modestamente bajo este singular seudónimo, lo es de gran valía. Hoy se revela al público; pero hace mucho tiempo que yo lo sabía. Permítaseme recordar una época lejana, que tiene para mí, y de seguro tiene también para Larmig, melancólicos encantos. Eramos casi niños; estábamos en esa edad de la vida en que se despiertan los deseos, como los gérmenes en el surco, sin forma, sin color, y en que las realidades del mundo se presentan á nuestros ojos confusamente, ocultando sus dolores y miserias. Todas las tardes acudíamos á casa de Larmig cuatro adolescentes, unidos por el doble vínculo de la amistad y de la poesía: él, Agustín Bonnat, Carlos Rubio y yo. Leíamos, escribíamos y soñábamos juntos, sin que la más leve sombra enturbiase el vastísimo horizonte que abrían á nuestras aspiraciones juveniles la ilusión y la fantasía, entonces nuestras inseparables compañeras; nos consultábamos mútuamente nuestros tímidos ensayos literarios, animándonos y fortaleciéndonos con fraternal cariño; íbamos por el mismo camino y creíamos en la gloria humana ¡Ay! de los cuatro que nos reuníamos, dos han muerto ya prematuramente, el pobre Agustín Bonnat, que encubría bajo una forma ligera profundo espíritu de observación, y Carlos Rubio, que cortando las alas á su poesía, se entregó sin reserva á las agitaciones febriles de la política, para morir abrumado en lo mejor de su edad por el cansancio y la desesperación de la vida. Más de un año duraron nuestras diarias conferencias; después el curso natural de los sucesos nos empujó por sendas diferentes. Larmig, á consecuencia de desgracias de familia, arrinconó su lira, y marchó á Inglaterra para emplear su actividad en más prosaicas, aunque más provechosas tareas; Bonnat entró en una oficina del Estado, y Carlos Rubio y yo nos lanzamos á la arena candente del periodismo. Pero en la breve y feliz época de nuestras reuniones, nos fué permitido apreciar—

aunque yo sólo pueda ya decirlo—el estro, la inspiración elevada, el vigoroso sentimiento poético que ardía en el alma de Larmig, y que prometía seguros triunfos á su musa. Este convencimiento que de sus fuerzas abrigábamos explicará la pena con que entonces le vimos enmudecer, y la alegría que hoy siento ante la aparición de las "Mujeres del Evangelio," de estos dulcísimos cantos con que reanuda su interrumpida carrera literaria un poeta que yo había creído muerto, y que en realidad sólo ha estado dormido.

Podría sospecharse quizás que la amistad, esa amistad contraída en los primeros años, tan difícil de romper y de olvidar, me hace juzgar apasionadamente las poesías de Larmig; pero contra esta sospecha opongo como defensa el juicio público, á quien ciertamente no puede acusarse de parcialidad, y que antes que yo ha anticipado su fallo favorable. A pesar de que los tiempos que alcanzamos, tan revueltos y descreídos, no son los más propicios para que la voz de la poesía pueda sobreponerse á la desordenada gritería de nuestras intestinas discordias, es un hecho que la publicación parcial de algunos de los cantos de esta colección ha producido en la esfera literaria un efecto tan inesperado como profundo. La prensa, haciéndose eco de esa impresión, cada vez más viva, ha consagrado á estas poesías aisladas una atención preferente: "El Debate," "La Epoca," "El Diario Español," "El Eco de España," "La Constitución" y otros periódicos, cuyos títulos omito por no pecar de prolijo, han publicado, no una, sino varias veces, largas y meditadas críticas ,celebrando el mérito de estos poemas, cuya trascendencia moral, engrandecida, por decirlo así, con la belleza de una forma pura, castiza, correcta y elegante, se ha impuesto á la turbulencia ruidosa de nuestras agitaciones políticas.

Y se ha impuesto, porque, como he tenido ocasión de manifestar al principio, las "Mujeres del Evangelio" son algo más que una obra literaria, algo más que la brillante explosión de una imaginación poética; son un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso, que pasa sobre la tierra removida de Europa, derribando tronos, altares, tradiciones, sentimientos y creencias. Las "Mujeres del Evangelio" hablan á la inteligencia y al corazón, porque á la vez que tienden á reavivar la fe religiosa como elemento social, en estos tiempos llenos de incertidumbres y du-

das en que tan rudos golpes se le asestan, hacen vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras y todos los dolores, todas las grandezas y todas las caídas encuentran su himno ó su lamento.

Desde el cariño maternal que halla en "María" su expresión más sublime, hasta la purificación de la pecadora "Magdalena" por el amor y el arrepentimiento; desde la caridad inagotable de "Berenice," piadoso y purísimo símbolo de la mujer valerosa, que, animada por el espíritu de Dios, consuela y cura en los hospitales, asilos y campos de batalla las enfermedades del alma y del cuerpo, hasta la creyente virtud de "Marta," que arranca del sepulcro á Lázaro, reanima su hogar, y revela que la fe no sólo puede mover las montañas, sino resucitar los muertos; desde la intuición generosa de la "Samaritana," que adivina y comprende por el sentimiento las más nobles y elevadas verdades, confusas y veladas quizás por los entendimientos superiores, hasta las interminables angustias de la "Mujer Adúltera," librada del suplicio, pero no rehabilitada ni en paz con su conciencia; todos los misterios del corazón, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos tienen en estos poemas su voz, su nota, su gemido y sus lágrimas. Larmig debe estar satisfecho de su obra, donde se expone el influjo eterno de la idea, ó mejor dicho, del sentimiento cristiano sobre la vida humana, y resalta el íntimo enlace, la conexión nunca interrumpida que existe entre la tierra y el cielo; entre el alma que goza, sufre y aspira, y el Dios que la ha criado, poniendo como límite á las miserias del mundo la inefable esperanza de lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Sobre la forma con que Larmig ha sabido revestir sus poéticas inspiraciones, todo cuanto dijera sería poco. Lo que bien se siente, bien se expresa. Hay en estos cantos una sencillez clásica, una elevación de conceptos, un gusto tan exquisito; están de tal modo ajustados al asunto que tratan y dentro de la creencia que los inspira, que se explica naturalmente la honda impresión que en el público literario han causado. Ninguna imagen violenta los disloca, ningún giro vicioso ú obscuro los desluce; son majestuosos, persuasivos, insinuantes, como la doctrina que los vivifica, y se creería,

al leerlos, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, que estaban escritos por algún poeta de nuestro siglo de oro; tanto es lo que se aparta de las libertades y licencias que han introducido en nuestra literatura el influjo de extraños autores y la corrupción del lenguaje: esa corrupción que se ensancha con pena, pero sin sorpresa de los que atentamente la ven infiltrarse en nuestro idioma, porque demasiado comprenden que no había de permanecer puro, firme é incólume el más poderoso instrumento de la inteligencia, cuando todo, en el orden moral, filosófico y político, se pervierte y derrumba.

Pinta Larmig á María en la hora del crepúsculo, cuando el sol, va apagándose lentamente y el escaso resplandor de la luna empieza á iluminar las profundidades del cielo. Está sola al pie de la cruz, donde ha expirado su Hijo:

Lívida, demudada, macilenta,
Con ambos brazos á la cruz se anuda;
Viendo muerto á Jesús, y que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda.
¡Ya en lastimera voz su mal lamenta
Ya el supremo dolor la deja muda!
¡Cual padece la Madre desolada,
Sin clavos y sin cruz crucificada!

Más adelante, en este mismo canto consagrado á la Madre del Redentor del mundo, á esa piadosa intercesora del linaje humano:

Amor que siempre acrece y nunca muere,
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
Mano que siempre cura y nunca hiere,

exclama inspirado el poeta, fijándose melancólicamente en las vanas felicidades de la tierra:

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida;
Es ave cautelosa que no vuela,
Sino en alta región desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

Con qué ternura expresa el poeta los encontrados sentimientos que embargan el corazón de Magdalena, cuando to-

cada por el amor divino, y pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja lejos de sí las galas, que son sus pecados, y se ruboriza por vez primera de su desnudez física y moral!

¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
Y el aire triste que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia,
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana
El seno encubre con entrambas manos.

Para demostrar la insuficiencia de las vanidades del mundo, de la gloria del sabio, del guerrero y del poeta, que en último resultado no puede apartar del hombre la desdicha á que su pecado original, su primitiva caída, le condenan en este valle de lágrimas, se vale Larmig de una comparación tan vigorosa como exacta:

Así los ríos en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

Larmig describe tan bien como siente. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de Berenice, cuando atraída por el rumor de la muchedumbre que corre ansiosa á presenciar el suplicio del Redentor,

Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
Ve á Jesús á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
Y en ella fijos los inmobles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdón predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen!

Estos cuatro últimos versos constituyen por sí solos todo un poema.

Como dechado de entonación lírica y de riqueza de imágenes, no puedo resistir á la tentación de transcribir las pala-

bras con que Jesús anuncia á San Juan sus altos destinos y la concepción maravillosa del "Apocalipsis:"

Oyeme, Juan:—Mi Padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
A escribir inspirado mi doctrina,
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
Del cerco de la tierra arrebatado
Tu espíritu á regiones inmortales,
Evocará las sombras del pasado,
Y aspirarás las auras germinales.
Que en el *principio* á la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.
En gigantesco y portentoso vuelo
Atravesando siglos á millares,
Y de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el día de esperanza y duelo
En que luchen los altos luminares,
Incendiando los términos del cielo.
Avida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derrüida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos.
Sin concierto, sin forma, denegrida,
Cual leve arista llevarán los vientos.

Nunca acabaría si fuera á citar todos los primores de pensamiento y estilo que esmaltan estas poesías, y además, sería trabajo inútil, toda vez que los lectores tienen ocasión de apreciarlos por sí mismos. Por otra parte, tampoco es en su genuina significación un juicio crítico el que escribo: fáltanme espacio, y quizás fuerzas para empresa tan difícil. Es más bien la expresión de las ideas que despierta en mí este libro, que en todo tiempo sería trabajo literario importante; pero que en las circunstancias presentes es también obra meritoria y honrada. En medio del trastorno general que conmueve las entrañas de nuestra sociedad, cuando todo vacila y cae con pavoroso estrépito, y no sabemos si se hundirá bajo nuestras plantas la tierra que pisamos, desquebrajada y rota; cuando las mismas sombras que nos espantan acaso nos impiden ver los abismos que nos cercan; cuando en todas las almas hay el presentimiento de la catástrofe, ¡bienaventurado el poeta que recoge nuestras creencias, alza su voz sobre el tumulto de las pasiones desencadenadas, y al ver que todo se estremece en torno suyo, que desde las alturas oficiales; es decir, desde las regiones en que se forja el rayo, se declara guerra mortal á las religiones positivas como contrarias al progreso, tiene valor para dirigir á esta generación tan fre-

nética como desgraciada, el piadoso ruego que Virgilio pone en labios de Enéas, fugitivo, sin hogar y sin patria:—"Diis sedem exiguam rogamus."—Os pedimos un pobre asilo para nuestros dioses, que quizás no tendrán templo mañana.

11 de Marzo de 1873.

Gaspar Núñez de Arce.

MARIA

MAGDALENA

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

MARIA

I. Invocación.—Pureza virginal.—*Ave María.*—Nacimiento de Jesús.—Amor materno.—Los sabios de Oriente.—Herodes.—Huída á Egipto.
II. Cristo.—Su predicación.—Sus milagros. El lábaro del Gólgota.
III. *Stabat Mater.*—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.
IV. La *Asunción.*
V. Plegaria.

I

Rosa á la orilla del Jordán nacida,
inmaculada virgen de Judea,
estrella de los cielos desprendida,
aura del manso mar de Galilea,
lirio del valle de perenne vida,
luz que los ojos de Jehová recrea,
de la prole de Adán gala y encanto,
Madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

II

El arpa dame del querub ardiente,
que reina del empíreo te proclama;
dame que brille en mi abatida frente
de tu alada inspiración la intensa llama;
desvanece las nieblas de mi mente
y en casto amor mi corazón inflama.
¡Qué invencible poder tendrá mi lira
si la Madre de Dios mi canto inspira!

III

Inspirado por tí, regio caudillo
en Covadonga alzó la cruz gloriosa,
el de Urbino copió del cielo el brillo,
pulsó León la cítara armoniosa;
inspirado por tí trazó Murillo
su bella y lastimera *Dolorosa,* (1)
y al trasladar al lienzo tus enojos
soñó tu faz y adivinó tus ojos.

IV

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,
el alma que comparta tus pesares,
plectro de oro que alabe tu dulzura
en plácidos y férvidos cantares;
pedestal de tu angélica hermosura,
incienso que se abrase en tus altares,
césped que pise tu nevada planta,
pecho que encienda tu mirada santa.

V

Ni el oro acrisolado, ni el ligero
copo de nieve, ni el arrullo blando
del céfiro del alba lisonjero,
ni el rocío azucenas coronando,
ni de la infancia el sueño placentero,
ni de tiernas palomas níveo bando,
ni el diáfano cristal, ni el claro día
igualan la pureza de María.—

VI

¿Qué misterioso sér los aires hiende
larga huella dejando luminosa?
Ráudo hácia Nazareth el vuelo tiende
y de María en la mansión reposa;
lino sutil desde sus hombros pende
que le envuelve cual nube vaporosa,
y con doradas flores enguirnalda
sus cabellos que flotan por la espalda.

VII

"No soy, exclama, el ángel iracundo
"que abrasa pueblos y predice males;
"vengo á anunciar que el Redentor del mundo
"se alberga en tus entrañas virginales.
"De la gracia de Dios raudal fecundo
"desciende de las cumbres celestiales.
"María, gloria á tí. Del cielo amigo
"soy el eco no más. Dios es contigo."

VIII

Dice y traslada de su pura frente
á la no menos pura de María
la guirnalda que en cerco refulgente
sus ondulantes hebras recogía,
y esparciendo en redor profusamente
esplendores, aromas y armonía,
en apacible y sosegado vuelo
el bello arcángel se devuelve al cielo.

IX

El rostro ebúrneo de rubor cubierto
escucha al ángel la mujer bendita,
y empieza ya á sentir gérmen despierto
de ajena vida que su seno agita.
Para una flor contempla el sol abierto,
claro sol que fecunda y no marchita,
y que ella es esa flor, la flor preciada
de nuestro edén perdido trasplantada.

X

Suspenden las divinas maravillas
á la modesta Virgen pudorosa,
y en el suelo cayendo de rodillas,
entornando sus párpados de rosa,
con encendido fuego en las mejillas,
las manos cruza y dice temblorosa:
"Cúmplase, ¡oh Dios! lo que benigno ofreces;
"tu humilde sierva soy, tú me enalteces."

XI

Y pasan días, y del Polo helado
baja entre densas nieblas el invierno,
y en un pueblo escondido y apartado
viene á la luz el Hijo del Eterno
en mísero portal, desamparado,
sin más apoyo que el amor materno;
que tan sólo al cariño de María
Dios el cuidado de Jesús confía.

XII

Es el amor materno, amor del cielo,
amor sin recompensa ni mudanza.
¡Cuántas horas de hiel y de desvelo
en premio de su afán la madre alcanza!
Los que en desesperado desconsuelo
de nuestra alma negáis la semejanza
con el Dios de bondad, de todos Padre,
recordad el amor de vuestra madre.

XIII

Nueva estrella su luz al orbe envía
y abrillanta el azul del firmamento
para anunciar del Hijo de María
el ya profetizado nacimiento;
sirve á tres sabios de certera guía,
que acuden á prestarle acatamiento
desde remotos climas del Oriente,
y adoran á Jesús humildemente.

XIV

Temiendo Herodes la funesta suerte
que le reservan implacables hados,
si creciendo Jesús, con mano fuerte
rompe su cetro y reina en sus Estados,
manda que den inmerecida muerte
sus dóciles y bárbaros soldados
á cuantos niños en materno pecho
encuentran dulce miel y suave lecho.

XV

Al ver á los sicarios inhumanos,
la noble frente Palestina enluta;
María huyendo de sus viles manos
de Egipto emprende la penosa ruta;
cruza desiertos, ríos, montes, llanos,
y ora se oculta en tenebrosa gruta,
ora se pierde en desusada senda,
llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI

Asustan su embargada fantasía
los cantos de los hijos del desierto,
el silencio mortal de noche umbría,
del árbol deshojado el tronco yerto,
la deslumbrante claridad del día,
el mar que hierve en el lejano puerto...
y en su contínuo afán apenas osa
convertir hacia atrás la vista ansiosa.

La Anunciación.

XVII

Huella por fin su fugitiva planta
las llanuras que inunda el fértil Nilo,
y besa la abrasada arena santa
del pueblo amigo que la presta asilo;
con inmenso placer mira y la encanta
el rostro de Jesús bello y tranquilo,
y su oprimido pecho acongojado
respira ya sin torcedor cuidado.—

XVIII

Crece el fruto que dieron tus entrañas
cual árbol junto á margen caudaloso.
Abandona ciudades y cabañas
para correr tras él el pueblo ansioso,
siguiéndole á desiertos y montañas.—
En secular letargo vergonzoso
la humildad yacía torpe y yerta,
y de Cristo á la voz, joven despierta.

XIX

No se muestra con rayos encendidos,
ni ciñendo á la sien laurel sangriento;
no quiere alucinar á los sentidos,
sino en el corazón tomar asiento;
á toda desventura presta oídos;
embalsama el pesar su dulce acento;
sus portentos ni asustan ni estremecen;
sus milagros consuelan y enternecen. (2)

XX

Cristo ni airado en Sinaí fulmina;
ni en diluvio voraz anega el suelo,
ni difunde el terror en Palestina;
de la sublime caridad modelo,
con su ejemplo corona su doctrina,
muere sobre la cruz, aplaca al cielo,
y tremola del Gólgota en la peña
de la virtud la salvadora enseña.

XXI

Y hora tras mí venid.—En el ocaso
el sol se va apagando lentamente,
y de la luna el resplandor escaso
entristece los campos del Oriente;
hacia el Calvario enderezad el paso;
silencio sepulcral hiela el ambiente;
allí al pie de la cruz llora María
en pavorosa soledad umbría.

XXII

Lívida, demudada y macilenta
con ambos brazos á la cruz se anuda;
viendo muerto á Jesús y que ella alienta,
de la verdad de su desgracia duda;
ya en lastimera voz su mal lamenta,
ya el supremo dolor la deja muda.
¡Cuál padece la madre desolada,
sin clavos y sin cruz crucificada!...

XXIII

La negra sombra de la noche obscura
ni tibio rayo de esperanza aclara;
el cáliz de la hiel tu labio apura;
se pierde tu clamor, nadie te ampara...
¿No hay un querub en la celeste altura
que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarra el firmamento
al repetir el eco de tu acento?

XXIV

¡Lloras! ¡madre infeliz!—¿No era bastante
á redimir la culpa cometida,
en suplicio horroroso y humillante
inmolar de Jesús la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
de tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su sólio el vicio,
¿de qué sirve tu estéril sacrificio?

XXV

EL SER, por cuya mano poderosa
en alto pedestal te hallas alzada,
quiso sin duda ver tu frente hermosa
con tres santas coronas adornada:
de madre, la diadema esplendorosa;
de virgen, la guirnalda inmaculada
y la aureola inmortal, cándida y pura,
de la no merecida desventura.

XXVI

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
bajel que boga en tormentosos mares.—
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
tú sabes, madre, lo que son pesares.—
Es un valle de lágrimas el suelo;
el dolor debe estar en los altares. (3)
Si, tú eres del dolor símbolo santo,
y tú, al llorar, enalteciste el llanto.

XXVII

Mas ya de rosicler, hollando nubes,
del orbe dejas la mezquina esfera,
y circundan espléndidos querubes
con estrellas tu ungida cabellera;
en sus alas al cielo rauda subes;
tu llorado Jesús en él te espera,
y la difícil puerta en el instante
rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII

Allí en tablas de mármol esculpida
de tu martirio ves la amarga historia.
Al comenzar tu nueva y grata vida,
con doblado placer canta la Gloria.
Mas no borre tu dicha indefinida
de tu terreno viaje la memoria,
y no te olvides del que gime triste
en este valle, donde tú gemiste.

XXIX

Mira, Señora, que á tus pies me postro
demandando piedad, que ya me abate
desatado huracán, y en vano arrostro
del Ponto bramador el recio embate.
A mí convierte tu divino rostro,
y lucirá la paz tras el combate;
muévate mi dolor, dame el descanso,
torna el revuelto mar en lago manso.

XXX

Eres astro que alumbra y que no ciega,
amor que siempre acrece y nunca muere,
lluvia que alegra el prado y no lo anega,
mano que siempre cura y nunca hiere;
el SENOR á tu ruego nada niega:
¿qué se puede negar á quien se quiere?
Y pues tu labio cuanto pide alcanza,
dame, si no la dicha, la esperanza

XXXI

Sé que la dicha que el mundano anhela,
en este valle lóbrego no anida;
es ave cautelosa que no vuela
sino en alta región desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

203760

XXXII

Y ¿qué fuera ese cielo prometido
sin el encanto del amor dichoso?
Un desierto sin linde conocido
y cuanto más inmenso, más penoso,
vasto templo con oro revestido,
encerrando sepulcro silencioso,
y es la pena mayor del negro averno
eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII

Implorada deidad, virgen María;
cual la ofrenda de Abel suba ligera
en vuelo fácil la plegaria mía
al almo cielo, do el amor impera;
y mientras luce el suspirado día
de abandonar la terrenal esfera,
no desampares al que gime triste
en este valle, donde tú gemiste.

MAGDALENA

Aspecto general de Judea.—Jerusalem.—Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.—Sermón en el monte de Betsaida.—Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.—Jesús en casa de un fariseo.—La pecadora á los pies de Cristo.—Perdón de Magdalena.

I

Venid á contemplar de la Judea
los montes escarpados,
los áridos desiertos abrasados,
y del tranquilo mar de Galilea
los bordes esmaltados
con fragantes verjeles
de azucenas, de nardos y claveles.

Riega el Jordán undoso,
rey de los ríos raudo y caudaloso,
extendidas y fértiles praderas
cuajadas de olivares,
de cedros seculares,
de altísimas y lánguidas palmeras.

De Samaria subid á la colina,
de Tabor á la cumbre majestuosa;
corona de la sien de Palestina;
escuchad del Cedrón la tormentosa
corriente cristalina
rompiéndose en arroyos y cascadas;
bajad de Gethsemáni al huerto ameno,
de jugosas granadas
y perfumados terebintos lleno.

Mas el paso tened; la amarillenta,
la Muerta Mar por el Oriente asoma,
laguna macilenta,
que cubre el llano que manchó Sodoma.
Ni las auras agitan,
ni los peces habitan
el turbio, inmundo seno
de aquel lago fatal, mar de veneno;
y si un ave atrevida
sobre él las alas tiende,
párase, vuelve atrás, desvanecida,
en revuelto espiral rauda desciende
y en el callado mar flota sin vida (4)

El pobre albergue de Belem dichoso
ved, y de Jericó la flor temprana,

seguid la soñolienta caravana,
que el desierto arenoso
cruzando va con paso perezoso.

Ya de Jerusalén el alto muro
píntase en el obscuro
y lejano horizonte:
la escogida ciudad, la ciudad santa
al pie de estéril, ceniciento monte
la regia sien con majestad levanta;
la ciudad del profeta,
la que ensalzara en cántico armonioso
David, el rey poeta;
la perla del Oriente,
donde alzó Salomón el portentoso
templo al Omnipotente,
que todo un pueblo fabricó anheloso
de hacer á Dios magnífico presente. (5)

De la alma paz bajo la verde oliva
acrece su opulencia y su grandeza,
la asiática riqueza
veréis doquier en la ciudad altiva;
de la Arabia los rápidos corceles,
del Egipto las mieses abundantes,
de las fieras de Libia rubias pieles,
vinos de Chipre, de Indostán diamantes,
de Persia los brocados,
los mármoles de Italia celebrados,
del Líbano los cedros y nogales,
y en confusión espléndida hacinados
oro de Ofir, zafiros y corales.

II

Viven allí bellísimas mujeres:
las de morena tez y ojos rasgados
(que abrillantan y entornan los placeres),
las de erguido y elegante cuello,
de dientes nacarados,
aguileña nariz, negro cabello;
mujeres hechiceras
con la suelta esbeltez de las palmeras,
de formas torneadas,
cual estátuas por Fídeas modeladas.
Y entre todas descuella,
como en florido edén rosa encendida,
Magdalena, la bella
de mirada atrevida,
de turbulenta y desastrosa vida.

Cuando lanzando el sol destellos rojos
se sepulta en el mar, de su morada
vedla salir; de fuego son sus ojos,
y es su boca la flor de la granada;
la túnica azulada
con áureo cinturón va recogida;
con sandalia oprimida
sujeta su pie breve,
lascivo prisionero,
nítido como el ampo de la nieve;
blanco velo ligero
más señala que encubre los hechizos
de su turgente pecho levantado,
y ondula por la espalda el destrenzado
cabello en luengos vaporosos rizos.

Y esa hermosa tan joven y gallarda
es cincelado vaso de oro puro,
que sólo flores agostadas guarda,
ruinas que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
es su idea constante
fingir pasiones, inventar placeres,
y cada sol conoce nuevo amante.

Sirena engañadora,
risueña y tierna ora
se muestra, ora doliente;
ya la máscara adopta seductora
de modestia inocente;
ya el deseo adormido,
cauta despierta con desdén fingido;
ya voluptuosa, lánguida, indolente,
sobre lecho de flores recostada
suspira del amor dulces pesares,
como la enamorada
esposa del *Cantar de los Cantares.*
De la embriaguez de amor á la del vino,
del lupanar pasando á las orgías,
rodando van sus miserables días
en un vertiginoso torbellino:
y si al salir de fiesta bulliciosa
hondo temor de su alma se hace dueño,
piensa que la conciencia que le acosa,
sólo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
pasan los breves años,
no exentos de dolor y desengaños;
que ni por senda fácil, ni escabrosa,
ni en marcha pronta, ni con paso tardo
se arriba en este mundo á la ventura;

ni ciñe la hermosura
para quebrar de la desdicha el dardo
damasquina armadura.

III

En clarísimo día
del monte de *Betsaida* ve en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre
que la palabra de Jesús oía;
nunca, hasta aquel momento,
el solemne, tranquilo y dulce acento
pudo escuchar del Hijo de María,
ni contempló su varonil belleza,
ni la santa pureza
que en su mirada angelical ardía.
Y con pausada voz, firme y sonora,
con ademán sencillo y majestuoso
dice Cristo á la turba pecadora
que le escucha en silencio respetuoso:
—"Hijos vosotros sois del Sér divino
"que de la *Ley las tablas* dió á Judea;
"de la virtud seguid por el camino
"que El os trazó, por áspero que sea.
"No me manda mi Padre á castigaros,
"que me manda á enseñaros,
"las preces á escuchar de los que imploran,
"los ojos á enjugar de los que lloran,
"y á morir en la cruz para salvaros.

"Mirad al Rey que os anunció el Profeta:
"soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
"que el rayo apaga, que la mar aquieta,
"del viejo amparo, de la infancia guía.

"Si el cadáver inerte
"resucitar le ordena la voz mía,
"rompe las ligaduras de la muerte
"y el sello eterno de la tumba fría.

"No llevo manto régio, cetro de oro,
"ni diadema altanera;
"la humildad y el amor son mi tesoro;
"mi ley, la ley de la virtud severa;
"mis próceres serán los desgraciados,
"y sin lanzas, ni aceros, ni soldados
"vengo á regir la humanidad entera.—
"Si de la tierra os hieren los abrojos,
"al alto cielo convertid la frente;
"si escandalizan vuestros propios ojos,
"las pupilas cegad con hierro ardiente.

"La obra, que á Dios complace,
" no sirva de satánico trofeo:
"perseguid el pecado, cuando nace
"y en los pliegues se oculta del deseo.
"Porque en verdad os digo:
"que acuda á mi presencia
"del niño con la cándida inocencia,
"el que al cielo subir quiera conmigo,
"y destierre de su alma la venganza,
"y vuelva bien por mal al enemigo:
"yo soy la caridad, soy la esperanza.

"Haced el bien, y sin alarde vano,
"sin ostentosa muestra:
"que ignore la siniestra,
"el que ejecuta la derecha mano.

"De la opulencia la dorada llave
"no abre la puerta de mi sacro templo;
"desprecie la riqueza quien me alabe;
"yo, que el precepto doy, doy el ejemplo.
"Vedme humillado, sin vivienda, pobre:
"que tiene el pez bajo la mar salobre
"su mansión escondida,
"tiene su pardo nido el ave tierna,
"la selvática fiera su caverna,
"y el insecto guarida:
"sólo Jesús, que á predicaros viene
"la religión de paz y de pobreza,
"sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
" do recostar la celestial cabeza."

IV

¡Con qué dulzura tan divino acento
de Magdalena vibra en el oído!
¿Qué suave sentimiento,
qué misterioso amor desconocido
su espíritu abatido vivifica?
¿Qué hálito divinal la purifica?
¿Quién en tan breve espacio y de tal suerte
en diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
al respirar el aura,
que el eco lleva de la voz bendita
y el místio brillo de la flor restaura!

¡Cómo recobra el virginal aroma
de naciente capullo!—

Jesús predicando á la multitud.

Figúraseme ver nívea paloma
que el camino olvidó del patrio nido,
y escucha de improviso tierno arrullo
del compañero que juzgó perdido,
y con atento oído,
los ojos negros elevando al Cielo,
hacia la amada voz dirige el vuelo;
deja del valle las hojosas galas
rápida tras su amor se precipita,
y más ligero que sus ráudas alas,
su alborozado corazón palpita.—

Pero ¿qué nube de mortal tristura
de Magdalena el rostro descolora,
y trueca en noche obscura
el claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.—
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergiienza se mira;
recordando su vida se estremece,
y el aire triste que en su torno gime,
murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
de su agitada historia
los recuerdos livianos,
rasga el bello cendal que la engalana,
y el rubor comprendiendo de Susana,
el seno encubre con entrambas manos.

De entonces por doquier Cristo marchaba;
una mujer de lejos le seguía,
que ansiosa sus palabras aspiraba;
mas llegar á sus pies no se atrevía,
y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la exixstencia

al despertar de la embriaguez del vicio,
y al verse en el cristal de la conciencia
sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
suele á veces dejar el aura inquieta
de estéril roca en caprichosa grieta,
y brota allí modesta florecilla;
próvida lluvia su corola moja;
pero el muro fatal, que la sujeta,
la seca, la deshoja,
y la raíz endeble
trunca y deshace de la plana feble.
Tal el mal arraigado,
puro y sublime amor de Magdalena
no puede florecer: de su pasado
la durísima cárcel le refrena,
le ahoga, le envenena:
y se ve condenada
á abrigar el amor de los querubes,
cuando no es digna ya de ser amada.
Quiere volar y traspasar las nubes,
y su vuelo entorpece
el cieno impuro que en sus alas pesa:
y gime, y se fatiga, y palidece,
y su dorada cabellera mesa,
y en contínuo suspiro desfallece.

Huye del vivo resplandor del día;
para llorar sus penas sin testigos,
busca el silencio de la noche umbría.
Tan rápida mudanza
de sus torpes amigos
desabrido desdén tan solo alcanza
sin alma alguna que en su apoyo acuda,
ve en la insolente faz del vulgo necio

la irónica sonrisa de la duda,
la irritante mirada del desprecio.

Quizá en su solitario desamparo
á sí propia se dice Magdalena,
que es el dón de la vida dón bien caro,
si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

V

Infelice mujer arrepentida,
que irrealizable juzgas el deseo
de verte nuevamente enaltecida,
alza la frente, que en tu afán sumida,
á tu lado no has visto
con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.—De un fariseo
penetra en la morada,
de un hijo de Satán, del vil engaño.
¡Rejocíjese el alma atribulada,
viendo que el buen pastor deja el rebaño
en busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas, mujer, cuando decía
que no bajaba al mundo
á fulminar castigos iracundo,
y que á salvar la humanidad venía?
Sí; ya tu pecho alienta,
ya ansiosa te levantas,
y, cual va al manantial corsa sedienta,
corres tras él, te arrojas á sus plantas,
y besando sus pies, viertes sobre ellos

suave y rico tesoro
de esencias orientales,
y en larga vena lastimero llanto;
los secas con el largo velo de oro
de tus blondos cabellos;
A las ánsias mortales
de tu rudo quebranto
dando tregua un momento,
al Hombre-Dios adoras
en estático y mudo arrobamiento,
y con callada voz perdón imploras.
Alza la frente mústia,
y contempla del sol la luz serena:
tras largas horas de ignorada angustia,
tu bienandanza labras;
tiembla de gozo santo, Magdalena,
y oye de Jesu-Cristo las palabras:
—Mujer, há tiempo que tu mente sigo;
mujer, há tiempo que tu voz escucho,
cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
yo te perdono, porque amaste mucho.
Del mal rompiste con vigor los lazos;
levántate del suelo,
que Dios te acoge en sus paternos brazos.
Quien llora sus pecados, gana el cielo.

LA SAMARITANA

LA SAMARITANA

Entrada de *Sichar* [ciudad de Samaria]; en el fondo la *fuente de Jacob* circundada de olivos y palmeras: á lo lejos extendido desierto. El sol marcha á su ocaso: celajes de oro y grana tachonan el horizonte.

ESCENA UNICA.

La Samaritana y Coro de mujeres.

La Samaritana.

Doncellas de Samária,
Tiernísimas esposas,
Y las que el triste velo
Ceñís de la viudez,
Guirnaldas aromadas
De nardos y de rosas,
De flor de terebinto
Y de jazmín tejed.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

Rodaron sobre el mundo
Embravecidos ríos,
Del cielo los torrentes,
El desbordado mar;
Y sus hinchadas olas,
Sus indomables bríos,
Del hombre no pudieron
Los crímenes lavar.

Tras el voraz diluvio,
No secas las llanuras,
La temeraria frente
Volvió la culpa á erguir;
Mas ya caudillo santo
Bajó de las alturas,
Los bienhadados dones
Del cielo á repartir.

Coro de mujeres.

Con fuerza irresistible
La voz de tu alborozo,
Cual sacudidas ramas
Nos hace estremecer.

¿Has visto, por ventura,
Con inefable gozo
Al jefe prometido
Del pueblo de Israel?

¿O vistes al terrible,
Al serafín alado,
Que de Isaías trémulo
Los labios abrasó,
Para que así extinguida
La huella del pecado,
Pudiera de su boca
Salir la voz de Dios?

¿Encierran tus palabras
Encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
Del vencedor Miguel?—
Que es grato lo que dices,
Cual sombra en el verano,
Cual agua en el desierto,
Cual aura del Edén.

La Samaritana.

En la mitad del día
Lanzaba el sol ardiente
Abrasadores rayos
De vívido rubí;
Para llenar mi cántara
De la vecina fuente
En el cristal sereno,
De la ciudad salí.

Bajo el frondoso toldo,
Que el manantial sombrea,
Por el calor rendido
Un hombre contemplé;
Semblante como el suyo
Jamás se vió en Judea;
Miréle sorprendida,
Y á mi pesar temblé.

Creyeron ver mis ojos,
Mirando su belleza,
De la celeste cumbre
Purísimo querub;
Y que encendiendo el aire,
Ornaba su cabeza
Esplendoroso disco
De diamantina luz.

Cual derretido plomo
Pesaba el tardo viento,
Y el cántaro del agua
El hombre me pidió.
—"¿Depone así un judío
(Le pregunté al momento)
"Los implacables odios
"Y el heredado horror?

"Bien sabes que el judío
"Que pisa nuestra tierra,
"Ni asilo nos demanda
"Ni calma aquí la sed;
"Nos guarda rencoroso
"El odio de la guerra;
"¿Y ruegas de Samária
"A mísera mujer?

Jesús y la Samaritana.

(*Con ironía.*)

"De vuestro templo fuera
"Orar á Dios no es dado;
"Jerusalén es sólo
"La fuente de salud.
"Para vosotros somos
"La noche y el pecado;
"¿Qué buscan en Samária
"La aurora y la virtud?"

Rizó sus castos labios
Sonrisa bondadosa,
Vibró de su palabra
El eco celestial.
Su voz era tan dulce
Como la miel sabrosa
Que labran las abejas
Orillas del Jordán.

Me dijo que en Judea,
Lo mismo que en Samária,
En el desnudo yermo
Y en el feraz verjel,
En populosa villa
Y en choza solitaria,
Escucha nuestras preces
El Infinito SER.

Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;

Al Padre, santo espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazón altar. (7)

Incrédula le oía,
Pero de asombro muda;
Y mi azarosa historia
Entonces me contó:
Con mágica palabra,
Sin vacilante duda,
De los secretos míos
El velo desgarró.

Para él nada hay oculto:
Pasados devaneos,
Pasiones sofocadas,
Recóndito dolor;
Las sombras vagarosas
De efímeros deseos;
El llanto no vertido
De despechado amor;

El oro que soterra
Su avaricioso dueño
Y con inquietos ojos
Vigila sin cesar;
De enamorada virgen
El deleitoso sueño,
Que pudorosa quiere
Del alma desterrar;

El simulado afecto
Tranquilo y apacible
Con que venganza aleve
Se oculta para herir;
Las misteriosas cifras,
La página ilegible
Del tenebroso libro
Que encierra el porvenir....

Todo lo ve y lo sabe:
Penetra en el abismo,
Traspasa la muralla,
Sondea el corazón.
¡Quizá desde su trono
Bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
Que tuvo compasión!

Sabed que Cristo dice
Que hay fuente cristalina
Que de los cielos baja
Y apaga nuestra sed;
Hay rayo que la mente
Benéfico ilumina:
El agua del bautismo,
El rayo de la fe.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

Coro de mujeres.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

LA MUJER ADÚLTERA

LA MUJER ADÚLTERA

I Ley de Moisés sobre el adulterio. Consulta farisaica.—La primera piedra.
II Jueces culpables.
III *Vade et jam amplius nolli peccare.*
IV Duda de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia á Juan las obras que ha de escribir y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre.

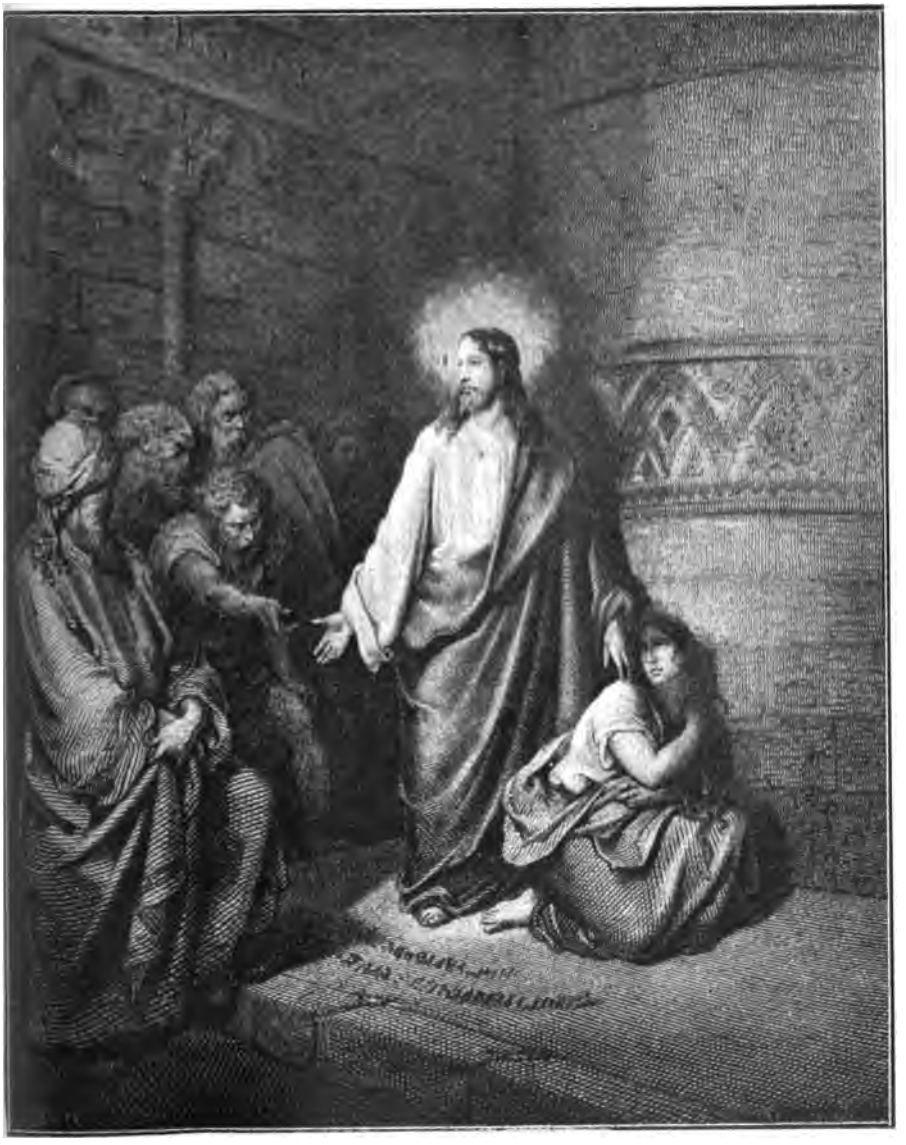
I

Por iracunda plebe perseguida
Huye en Jerusalén al templo santo
Mujer despavorida;
Baña su faz hermosa
Desatado raudal de amargo llanto.
Es aquella mujer culpable esposa;
La ley del pueblo hebreo
A morir á pedradas la condena.

El torpe fariseo
Y el hipócrita escriba corrompido
Piden, como la turba, á grito herido,
Se lleve á cabo la marcada pena.

La mísera mujer de angustia llena,
Y con ansias mortales
Gira en redor los suplicantes ojos,
Mira á Cristo del templo en los umbrales
Radiante de bondad y de dulzura,
Y póstrase de hinojos
Y besa de Jesús la vestidura.

Inmóvil queda cual estatua yerta;
Vaga en crespas madejas su cabello
Sobre la blanca espalda mal cubierta,
Y su rostro sombrío
(Para su propia desventura bello)
Entre las manos trémulas sepulta:
¡Quizá un rubor tardío,
Quizá la falta de rubor oculta!
Entre tanto, el *Señor* sobre la arena
Misteriosas palabras escribía,
Y el fariseo que á la turba guía,
Para hablar á Jesús, silencio ordena.
Con humildad irónica pretexta
Sobre el suplicio horrendo consultarle;
Pero busca sutil en su respuesta
Causa para acusarle,
Y así le dice:—"La mujer impura
"Que á tus pies se ha postrado,
"Sin recato y sin fe, ciega y perjura,
"El tálamo nupcial ha profanado,
"No ignorará tu enaltecida ciencia



¿¿La Mujer adúltera.

"Que á morir la sentencia
"La sabia ley del inspirado preste
"Que rompió nuestra dura servidumbre
"Y del Eterno oyó la voz celeste
"Del Sinaí sobre la ardiente cumbre.
"Mas tú eres el Mesías prometido;
"La voluntad de Dios tu labio anuncia.
"Infalible profeta, rey ungido,
"Tus altísimas órdenes pronuncia;
"Tu fallo dinos y será cumplido."

Cristo escribiendo en el arena sigue
Sin levantar la pensativa frente,
Y el fariseo á poco, ya impaciente,
Con alterada voz, así prosigue:
—"Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra
"Lo que el gran Moisés dejó ordenado?"
—"Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,
"Pero que arroje la primera piedra
"El que esté sin pecado."

II

Todos para animarse se miraron,
Y todos sin aliento enmudecieron,
Sus cejas se enarcaron,
Las piedras de sus manos se cayeron,
Y en confuso tropel desparecieron.

III

—"Nadie te acusa ya.—La airada plebe
"Que á llevarte á morir se apercibía,

"Despareció como la bruma leve
"Al despuntar la claridad del día.
"Ya de la muerte la segur terrible
"No ves amenazando tu existencia;
"Mas oyes la tremenda, inextinguible,
"Inexorable voz de tu conciencia;
"Oye del que te salva la sentencia:
"Eres esposa y madre,
"¿Qué te brinda otro amor? Males prolijos.
"No vuelvas á pecar, piensa en tus hijos,
"Y hiere, si te atreves, á su padre.
"Torna al preciado hogar que abandonaste,
"Del que tu infame culpa te retira;
"Pide perdón al hombre que afrentaste,
"Y su dolor inconsolable mira.
"Mírale oculto, palpitante el pecho;
"La vista tiende al solitario lecho,
"Y en él, desesperado, se desploma....
"Abraza tierno al balbuciente niño,
"Lirio que el yermo de su vida aroma,
"Y el abrasado llanto del cariño
"En sus pupilas áridas asoma,
"Viendo del inocente en el semblante
"Trasunto fiel, imagen hechicera
"Del rostro tuyo, que adoró constante,
"Y gala ayer de sus amores era.
"Hoy, su dicha anegada,
"Sobre las ondas del dolor eterno
"Aun ilesa y tranquila sobrenada
"El arca santa del amor paterno.
"¡Y quiere aborrecerte!
"Aborrecer á lo que se ha querido,
"Es desgarrarse el corazón herido
"Y vivir en las ansias de la muerte.
"Hondos gemidos lanza,
"Y si en su oprobio piensa,

"Juzga que no hay venganza
"Que hasta el nivel alcance de su ofensa.
"Lucha por desasir de su memoria
"Tu aciaga imagen, tu fatal caída;
"Mas, para siempre la quietud perdida,
"Lleva en su mente tu llorada historia
"Con indelebles letras esculpida.
"Cediendo de la culpa á los clamores,
"Cometiste, pisando tus deberes,
"El delito mayor de las mujeres,
"Y él padece el dolor de los dolores.
"Vuelve á los pies del ofendido esposo,
"Y al desandar la vía
"Que á la cima del crimen te condujo
"Y á víctima de un pueblo te redujo,
"Recuerda siempre la palabra mía:
"Sin la virtud no hay dicha ni reposo,
"Cristo á la dicha y al reposo guía...
"Barquilla sin timón y en mar incierto,
"Ave herida en mitad del Océano,
"Sin el auxilio de divina mano,
"¿Podrán llegar al anhelado puerto?"

IV

Núblanse del Mesía
Los refulgentes y serenos ojos
Con el mismo dolor que describía,
Hijo de los agravios
De la pérfida esposa, que de hinojos
Sigue á sus pies, sin desplegar los labios.

Ora Jesús al Dios de las bondades,
Que al Universo rige,
Y de Jerusalén traspone el muro;
Anhela respirar aire más puro
Que el aire corruptor de las ciudades,
Y sus pasos dirige
Del desierto á las mudas soledades.

En silencio profundo
Marchan tras de Jesús los bienhadados
Discípulos humildes, destinados
A extender su doctrina por el mundo.

Y Pedro dice al Justo: —"Bondadoso
"Maestro celestial, oye mi acento:
"En piélago de dudas proceloso
"Se pierde mi confuso pensamiento.
"Yo ví que los abismos del pecado
"Do estaba Magdalena, iluminaste;
"Hoy la vida á la adúltera salvaste.
"Pero, dime, Señor, ¿la has perdonado,
"O tan sólo á sus jueces recusaste?
"¿Cómo tu corazón gime y se apena
"Siendo el perdón tu dicha perdurable?
"¿Es á los ojos tuyos más culpable
"La adúltera mujer que Magdalena?" (8)

Y responde Jesús: "¡Desventurada
"La que, en inicuo amor los ojos fijos
"La paz de la familia rompe osada,
"Y el porvenir anubla de sus hijos!
"Sin más mira ni enseña
"Que el deleite liviano,

"De miseria en miseria se despeña
"Del vicio por la rápida pendiente;
"Hunde en el cieno su insensata mano
"De madre la corona refulgente,
"Y de la culpa en los hediondos brazos
"Revuélvese, y desata
"Del bendecido amor los dulces lazos.
"Es la víbora ingrata
"Que en caluroso seno recogida,
"Helada y espirante,
"Al recobrar la fuerza de la vida,
"Clava su penetrante
"Aleve dardo de ponzoña lleno,
"Con ánimo enemigo,
"En el incauto seno
"Que generoso le prestó su abrigo.

"¡Deja que amargamente
"De esa mujer la ingratitud lamente!
"La ingratitud, baldón de las criaturas,
"El rayo vengador hizo preciso,
"Al ángel derrocó de las alturas,
"Y al hombre desterró del paraíso.—
"Y óyeme, Juan:—Mi Padre te destina
"Del humano linaje para gloria
"A escribir inspirado mi doctrina,
"Siguiendo fiel las huellas de mi historia:
"Del cerco de la tierra arrebatado
"Tu espíritu á regiones inmortales
"Evocará las sombras del pasado,
"Y aspirarás las auras germinales
"Que en el *principio* á la materia inerte
"Arrancaron del sueño de la muerte.
"En gigantesco y portentoso vuelo
"Atravesando siglos á millares

"Y de lo porvenir rasgando el velo,
"Verás el día de esperanza y duelo
"En que luchen los altos luminares,
"Incendiando los términos del cielo.
"Avida nube sorberá los mares,
"La máquina del orbe derruida,
"Rotos ya sus fortísimos cimientos,.
"Sin concierto, sin forma, denegrida,
"Cual leve arista llevarán los vientos.
"Entrando del amor en el Santuario,
"Referirás mi vida de tristeza
"Que en el portal humilde y solitario
"De Betlehem empieza
"Y termina en la cumbre del Calvario.
"Y al escribir, ¡oh Juan! lo que hora viste,
"Para justa enseñanza de los hombres,
"Cuenta la vida triste
"De esa infausta mujer, mas no la nombres.
"Y por tu mano inmaculada escrito
"De fuego eterno con buril ardiente,
"En su pálida frente
"Lleve por todo nombre su delito." (9)

MARTA

MARTA

I La criatura-rey.
II Marta.
III Resurrección de Lázaro.

I

El hombre delinquió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey Universal de lo creado
Es el doliente Rey de la desgracia. (10)

Mecen las penas nuestra aciaga cuna,
Nos llevan hasta el término postrero,
Y no hay de venturosos raza alguna
En la gran extensión del orbe entero.

Volved en derredor la vista inquieta,
Subid al templo de la humana gloria,
Y al guerrero, y al sabio, y al poeta
Y al mundo todo demandad su historia.

¿Qué os dirán? Os dirán que hasta las heces
El cáliz del dolor el hombre apura,
Y vanos son los lloros y las preces
Que piden lo imposible:—la ventura.—

Así los ríos en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

¡Triste prole de Adán, siempre anhelante,
Sin ver que su sentencia es la desdicha!
Prole cuanto insaciable delirante,
¿Dónde se encuentra su soñada dicha?

¿La encuentra Baltasar en los placeres
De opíparo festín y alegre danza?
¿Hállala Salomón en las mujeres?
¿Los hermanos de Dina en la venganza?

¿Sócrates y Platón la descubrieron?
¿Los tesoros de Creso la compraron?
¿Las huestes de Alejandro la vencieron?
¿Las naves de Fenicia la alcanzaron?...

¿Dónde la dicha está?—Nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,

Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia.

II

Ni á la desdicha teme, ni á la muerte,
La que es de su deber sumisa esclava,
Marta, ¡bendita tú! la *mujer fuerte*
Que el hijo sabio de David buscaba.

Cual se desliza sobre blanca arena,
En la estación espléndida y florida,
Arroyo claro en abundosa vena,
Así apacible transcurrió tu vida.

La que de la virtud ciñendo el velo,
La antorcha del deber lleva en la mano,
Sabe un sendero que conduce al cielo,
Angosto sí, pero seguro y llano.

Sendero por do rápida camina,
Sin fatigarse en áspera pendiente,
Sin que la hiera el pie punzante espina,
Sin hondo abismo ni cortada puente.

Es la virtud al par cruz y corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
A los cuidados del hogar atenta. (11)

Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta y con su aroma encanta,
El ave que en silencio cruza el prado
Y tan sólo en su nido amores canta.

III

¿Quién marchitó la flor de tu alegría?
¿Quién nubla, Marta, tus radiantes ojos?
¡Ay, Lázaro murió!—La tierra fría
Oprime ya sus míseros despojos.

Mas no se pierden en la inmensa esfera
Las lágrimas que viertes por tu hermano;
Muévele á Dios tu queja lastimera,
Y tiende á tí su protectora mano.

Enmudezcan los tétricos clamores,
Y el lloro cese que tu faz anega;
Que ornado de fulgentes resplandores,
Cristo á las puertas de Betania llega.

¿Penetra en tu morada funeraria,
A ser de tu dolor mudo testigo?
¿Viene sobre la tumba solitaria,
Inútil llanto á derramar contigo?

No; ya presiente la infeliz hermana
Que el alivio á sus penas se avecina;
Que nunca muere la esperanza humana
Y nunca duerme la bondad divina.

La resurrección de Lázaro.

Su voz doliente al Salvador eleva;
Y cercado de turba numerosa,
Desciende Cristo á la profunda cueva
Do el cadáver de Lázaro reposa.

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas y de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbra el día,
Y á do nunca llegó ruido mundano.

El túmulo mirando enternecido,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido,
—"Lázaro, ven á mí,"—Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa,
Y subyugada la insensible tumba,
Se quiebra y salta la marmórea losa.

¡Y el prodigio se cumple! Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto y con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

¡Es Lázaro... tu hermano!—Ya la planta
Mueve, recobra la color marchita,
Desata el labio, la cerviz levanta,
Sus ojos ven, su corazón palpita.

Por calmar tu amarguísima tristeza,
En la noche mortal brilló la aurora,

Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Que tanto puede la virtud que llora!

Tú cruzas, ¡oh virtud! las altas nubes
Y la etérea región en raudo vuelo,
Se postran á tu paso los querubes,
Te escucha Dios y te recibe el cielo.

Si vencido Catón, en su despecho
Dijo, al hundirse con certera mano
Puñal agudo en el soberbio pecho:
"Virtud, tú eres un nombre, un nombre vano;"

Mintió. No es la virtud tan sólo un nombre,
Es el sosiego de la humana mente;
Y ¿para hablar al Ser Omnipotente,
Qué voz, si no su voz, le queda al hombre?

BERENICE

(LA VERONICA)

BERENICE

(LA VERONICA)

I. La Caridad.—II. Berenice.—Sentencia de Jesús. Camino del Calvario.—Cae Cristo con la Cruz á cuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simón el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fe.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.

I

Corta la mar con la tajante prora
gallarda nave de pomposa vela,
y del inmenso piélago señora
por sus llanuras dilatadas vuela;
á las ondas y al Noto desafía
y al mortífero rayo resonante;
de oro la sed hidrópica la guía,

y esquiva, desdeñosa y arrogante,
el orbe le parece espacio breve,
y nuevas playas á pedir se atreve
para saciar su anhelo y osadía.

Mas de improviso, prolongado trueno
en el espacio cóncavo retumba,
abre la mar el insondable seno
y da á la nave inesperada tumba;
lleva Aquilón la vela desgarrada,
ciegan del rayo los fulgores rojos,
y ¡oh soberbia humillada!
sólo flotan los míseros despojos
de la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
y medroso fervor ruega á María;
no escucha del amigo el lastimero
suspiro no acabado de agonía;
arroja el oro, su tirano fiero,
sólo quiere vivir, ase un madero,
y al roto leño su existencia fía.

Contadas son las horas de bonanza
en la mar de la vida procelosa;
roba la luz al sol de la esperanza,
nube del desengaño tenebrosa,
y venturoso el náufrago que alcanza
con los crispados miembros abrazado
á la frágil madera,
ser por olas benéficas llevado
á hospitalaria y próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
el alma gime en su prisión esclava;
mas guarda el corazón vivo destello
del astro que al Edén iluminaba.
En las tinieblas de la noche odiosa
de desengaños, luchas y dolores,
cual de faro eminente luz piadosa,
vibrando resplandores
y calmando las penas,
la *Caridad* asoma bondadosa
la blanca sien ornada de azucenas;
la virtud, que consuela y que sublima;
que al prócer honra y al mendigo anima;
que halla su propio bien en el ajeno;
virtud que viste con sus ricas galas
de cuantos sufren el desnudo seno;
ángel que huella de la tierra el cieno,
sin que se manchen sus nevadas alas;
rosa siempre fragante,
bella como las flores que da Mayo,
pura como del alba luz brillante,
y más fecunda que del sol el rayo;
virtud que en las borrascas de la vida
es isla de reposo bendecida,
y que la ley universal proclama
diciéndole al mortal: *espera y ama.*

Mirad á esa mujer á quien no aterra
el ronco estruendo de la cruda *guerra.*
¿A dó va? Del soldado
valiente y denodado
no á partir el laurel, sí los azares;
marcha sin cota de acerada malla,
por calmar del herido los pesares
al polvoroso campo de batalla.

Angel de luenga y enlutada veste
con funeral ciprés la sién ceñida,
en silencio mortal y gota á gota
vierte sobre la tierra estremecida
el cáliz de la cólera celeste,
y enardecido y sofocante brota
denso vapor de asoladora *peste*.
Todo es desolación, todo tristura,
los ojos sólo ven muertes y horrores,
El corazón palpita de pavura
rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
desbandados se ocultan los amores,
y el dañino vapor al orbe infesta.

Y en medio del estrago de la muerte
de tantos inocentes y culpados
que en fétido montón junta la suerte,
y al lado del que salva el ancho abismo
de la plaga voraz con mil cuidados
(y es el primer cuidado el egoísmo),
débil mujer con animoso pecho,
la caridad llevando por corona,
ni un instante abandona
del moribundo el pavoroso lecho.

Tiende á todos solícita la mano,
afronta el mal sin tímida flaqueza,
que es el milagro del valor cristiano
quien la presta vigor y fortaleza.

Si Dios, de sus hechuras se olvidara,
tan sublime mujer le ablandaría
y su paterno amor reconquistara;
mas ¿qué mucho su arrojo y energía,

si la cristiana caridad la ampara,
si la divina caridad la guía?

Cobija, ¡oh caridad! toda la tierra
con las doradas orlas de tu manto,
y ante tu solio incontrastable y santo
mudas se postrarán la impía guerra,
la ambición insaciable,
la insidiosa perfidia,
la calumnia rastrera y miserable,
la descarnada envidia.
Divina caridad, tú puedes sólo
hacer los votos del infierno vanos,
y que del polo Norte al otro polo
haya un pueblo no más, pueblo de hermanos;
tú puedes en la *Diestra Justiciera*
apagar el voraz rayo encendido,
forzar las puertas del Edén perdido
y dar al hombre su mansión primera.

II

Vive en Jerusalén apuesta dama
de bello rostro, de virtud severa,
de noble estirpe, de intachable fama,
á quien el Asia con amor venera;
derrama sus riquezas generosa
para aliviar de la pobreza el llanto,
y es Berenice el nombre de la hermosa,
de Palestina encanto.

A la alta esfera en que feliz vivía
sólo como rumor indiferente,

que todos oyen y que á nadie inquieta,
la fama de Jesús llegado había.
—Quién le llama impostor y quién profeta,
quién sabio y quién demente,
quién como á soberano le respeta,
quién le corona de punzante espina;
es para el torpe escriba un delincuente
que reclama Satán desde el profundo,
para el que oyó su celestial doctrina
el prometido Redentor del mundo.

Ayer, Jerusalén, ebria de gozo,
como á rey de Israel le recibía,
y á su paso, con gritos de alborozo,
su manto por alfombra le tendía.
Pero, ¡ay! qué poco dura
ese amor de los pueblos ostentoso,
temprano fruto que jamás madura;
seméjase al arroyo bullicioso
que el verde prado en primavera esmalta,
las flores riega, por las piedras salta,
y copia en sus cristales la hermosura
del alto pino, del castaño umbroso,
y el desmayado sáuce;
pero se seca en el ardiente estío,
y no se ven en el invierno frío
ni leves huellas del borrado cáuce.

La muchedumbre instable
que á Jesús como jefe proclamaba,
porque rey invencible le juzgaba,
hoy con voz imperiosa y formidable,
no creyéndole ya caudillo fuerte,
pide á Pilatos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo

Jesús en camino del Calvario.

el procónsul rehusa,
viendo sin mancha al pretendido reo,
y criminal al pueblo que le acusa;
ni leve sombra de delito oculto
hallar Pilatos en su vida puede;
pero amenaza popular tumulto,
ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
los gritos acallar de la conciencia;
débil ante las turbas sediciosas,
firma de Cristo la mortal sentencia.
Aun sin romper el ponderoso yugo
en que gime entre penas y trabajos;
es la plebe un tirano con andrajos
y feroces instintos de verdugo:
siempre de sangre humana está sedienta:
valor, saber, virtud, todo la ofusca;
y cual rayo, que aborta la tormenta,
para arrasarlas las alturas busca.

Berenice no sigue
la nueva ley del justo *Nazareno,*
mas de Cristo el recuerdo la persigue;
vívida caridad arde en su seno,
y se pregunta si será inocente
aquel desconocido delincuente;
y sin saber por qué, suspiros lanza,
que muchas veces lo que el alma siente
la inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía,
que la agobia con grave pesadumbre,

mira alborear el malhadado día
en que, desamparada la inocencia,
del peñascoso Gólgota en la cumbre
debe cumplirse la fatal sentencia
que á Pilatos pidió la muchedumbre.

Berenice, con ánimo abatido
por la duda que enerva y causa enojos,
ya que consuelo no, busca el olvido;
ya que no evita el mal, cierra los ojos;
y queriendo enfrenar el sentimiento,
que la sumerge en pertinaz tristeza,
oye la voz de femenil flaqueza,
y se orna y engalana
con túnica de seda siciliana
teñida por el múrice sangriento,
y con su manto leve,
blanco, cual de montaña nunca hollada
deslumbradora nieve;
y á sus esclavas llama apresurada
para que esmalten su cabello de oro
con su rico y espléndido tesoro
de costosa y pulida pedrería,
que la reina de Libia envidiaría,
donde lucen diamantes sin rivales,
preciosas esmeraldas de Etiopía
y albas perlas en ramas de corales.

En vano Berenice
desvanecer sus penas imagina:
plañidera bocina
con sepulcrales notas hiere el viento,

y el vibrante metal triste la dice:
que ya al suplicio va, que se avecina
de Jesucristo el postrimer momento.

Calenturiento frío
por su cuerpo serpea,
al oir el alegre griterío
con que celebra populacho impío
la muerte de la gloria de Judea.

Con insegura planta y lento paso
marcha Jesús bajo la cruz sangrienta;
es el dorado sol que va al ocaso,
el cedro que desgaja la tormenta;
es el mártir sublime
que á la culpable humanidad redime.

Vedle... se acerca ya... ¡Cuánto padece...!
Le afrentan con la cruz y la corona.
El verdugo á la víctima escarnece;
la víctima al verdugo compadece,
y el escarnio y la muerte le perdona.

Es su cansancio tanto
al palacio al llegar de Berenice,
que mide el suelo con su cuerpo santo,
y la impaciente plebe le maldice.
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
con la implacable muerte en fiera lucha;
para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
un ¡ay¡ desgarrador, muerto, profundo;
Berenice lo escucha,
á sus entrañas llega y las conmueve.

Se arrastra á la ventana: allí de hinojos
ve á Jesús á su puerta derribado,
sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
y en ella fijos los inmobles ojos,
ojos llorosos que piedad inspiran,
ojos sin ira que el perdón predicen,
ojos que tristes al mirar suspiran,
ojos que tiernos al mirar bendicen.

Entonces, presa de emoción violenta
ante escena tan lúgubre y criienta,
que jamás presenciaron los humanos,
su espíritu en tinieblas se sepulta,
y en las ebúrneas manos
el bello rostro temblorosa oculta.

Privada de la acción, sólo un momento
muévela á poco generoso intento;
ir en apoyo de Jesús decide:
y ni sus fuerzas mide,
ni en sus peligros piensa,
ni en que va á ser la sola recompensa
de los viles sicarios la venganza;
y con pie ligerísimo se lanza
de mármol por la nítida escalera;
sus esclavas la siguen; azorada
y audaz traspasa la oprimida hilera
de la gente agolpada;
llega á do está Jesús, llega y le mira
marchita la color, postrado, yerto;
sólo porque suspira

se puede comprender que no está muerto;
alas de ángel quisiera
tener para arrancarle de la turba
y remontarle á inaccesible esfera;
y por calmar al menos un instante
la acerba angustia que á Jesús conturba,
le enjuga con el manto su semblante.

Esta muda protesta al pueblo enoja;
torvo sayón con mano encallecida
á Berenice entre la turba arroja.—

Queriendo prolongar el sufrimiento
de la víctima augusta escarnecida,
y que la opaca luz casi extinguida
de su débil vivir recobre aliento,
un hijo vigoroso de *Cyrene*
á Cristo presta mercenaria ayuda;
Simón el peso de la cruz sostiene
en su espalda forzuda.

Sin la pesada cruz que le rendía
se levanta Jesús, y lentamente
vuelve á emprender la desolada vía,
el áspero camino del suplicio....

El Padre Omnipotente,
al cumplirse el horrendo sacrificio,
inclina al pecho con dolor la frente;
suspéndese del cielo el himno eterno;
los ejes de los orbes se estremecen,
y del vencido averno
las volcánicas llamas palidecen.

Ir en pos de Jesús quiere la hermosa;
pero sus pasos cierra
compacta muchedumbre numerosa,
y cual herida de sulfúreo rayo,
súbito y piadosísimo desmayo
de sus esclavas á los pies la atierra.

Al volver á la vida
mira su blanco manto ensangrentado,
y en él con líneas de carmín grabado,
el rostro de Jesús ve sorprendida.
Destácase de Cristo la cabeza,
acabado modelo de hermosura,
sin sombra de rencor ni de tristeza,
ornada de esplendor y de ternura;
sin torvo ceño ni mirada aviesa,
parece que á la triste Berenice
la bienandanza celestial predice,
y amor, sagrado amor tan sólo expresa;
parece que ha olvidado sus agravios,
que ha vencido el rigor de las desgracias,
que va á mover los dibujados labios
para decirla "adiós" y darla gracias.

El lienzo besa convulsiva y muda,
y en plácido fervor trueca su duelo;
ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesucristo es su Dios, el Dios del Cielo.
¡Oh, inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
las brumas rasga de la *duda* ciega;
en el santuario de su pecho siente
el misterioso y vago movimiento
de un alma que se va y otra que llega.

Deja de ser el ave solitaria,
que con flecha afilada el pecho herido,
sin fuerzas vuela tras lejano nido;
el bajel que, con ansia temeraria,
en un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazón cada latido
de enardecida fe muda plegaria.

No sueña, no delira,
no es mentida ilusión que se evapora;
el lienzo toca y el portento mira;
ve de la fe la sonrosada aurora,
y el aura pura del Edén respira;
se desprende en sereno y libre vuelo
del barro vil de la mansión terrena,
y se enlaza con mágica cadena
al infinito Sér, cielo del Cielo.

Sin apartar un punto Berenice
los fascinados ojos
del blanco cuadro con perfiles rojos
que en éxtasis la arroba dulcemente,
cual si viera á Jesús, sumisa dice:
—"No soy digna, Señor, de este presente."
La responde una esclava
que de Cristo la imagen
con estupor y asombro contemplaba:
—"Nadie cual tú merece
ser exclusiva dueña
de ese fúnebre dón, de amor enseña,
que te abisma, te halaga y entristece.
Ese regalo del Eterno Padre
para tu bien recibe;
¿quién más digna que tú?"
—"¿Quién? ¿Pues no vive

De Jesucristo la apenada madre?"
—"Su madre sí; pero al saber que á muerte
al hijo de su amor han condenado,
por no correr su miserable suerte,
este suelo de horror habrá dejado."
—"Calla, desventurada, y obedece;
el temerario pensamiento enfrena;
no rebaja el dolor, sino enaltece;
nunca es cobarde corazón que pena.

No insultes al pesar hondo y prolijo.
Corre á llevarla el funeral sudario.
¿Aun vacilas, mujer?... Ve tras el hijo...
á sus pies la hallarás... en el Calvario."

LA HIJA DE JAIRO

LA HIJA DE JAIRO

I **Jairo ante el cadáver de su hija.**
II ***Non est morta puella, sed dormit.***
III **Vuelta á la vida.**
IV **La voz de la resucitada.**

¿Do van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras?*
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?

Del opulento Jairo
Aquella es la morada
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;

Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

Trocara el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones,
O humano poderío
Pudieran aquel frío
Cadáver animar.

Cadáver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura,
Dechado de candor.
Fué su existencia breve,
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.

Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.

Semeja de alabastro
Bellísima escultura,

De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresión revela
Que un dulce pensamiento
La suavizó el momento
Amargo de morir.

Más lívida de Jairo
Se ve la faz sombría;
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó:
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.

Y ya desesperado,
Su luenga barba mesa;
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El mísero la da.

Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesús,
Del justo Nazareno,
A cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.

Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento
Y varonil vigor,
Aplaza su quebranto,
Ligero se levanta,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías,
Del lúgubre Ezequiel.
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

Con paso infatigable,
Henchido de esperanza,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesús,
Del jefe prometido
De la nación hebrea,
Del mártir de Judea,
Del *Hombre* de la cruz;

Del *Hombre* á quien le deben
Su luz la inteligencia,
Sus fueros la conciencia,
Su vida el corazón,
La muerte sus encantos,
Su palma el sacrificio,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdón.

Y Jairo ante el Mesías
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apenas puede alzar,
Su mal y su deseo
Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.

Jesús, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
—"Tan sólo está dormida
La que juzgásteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz."

Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.

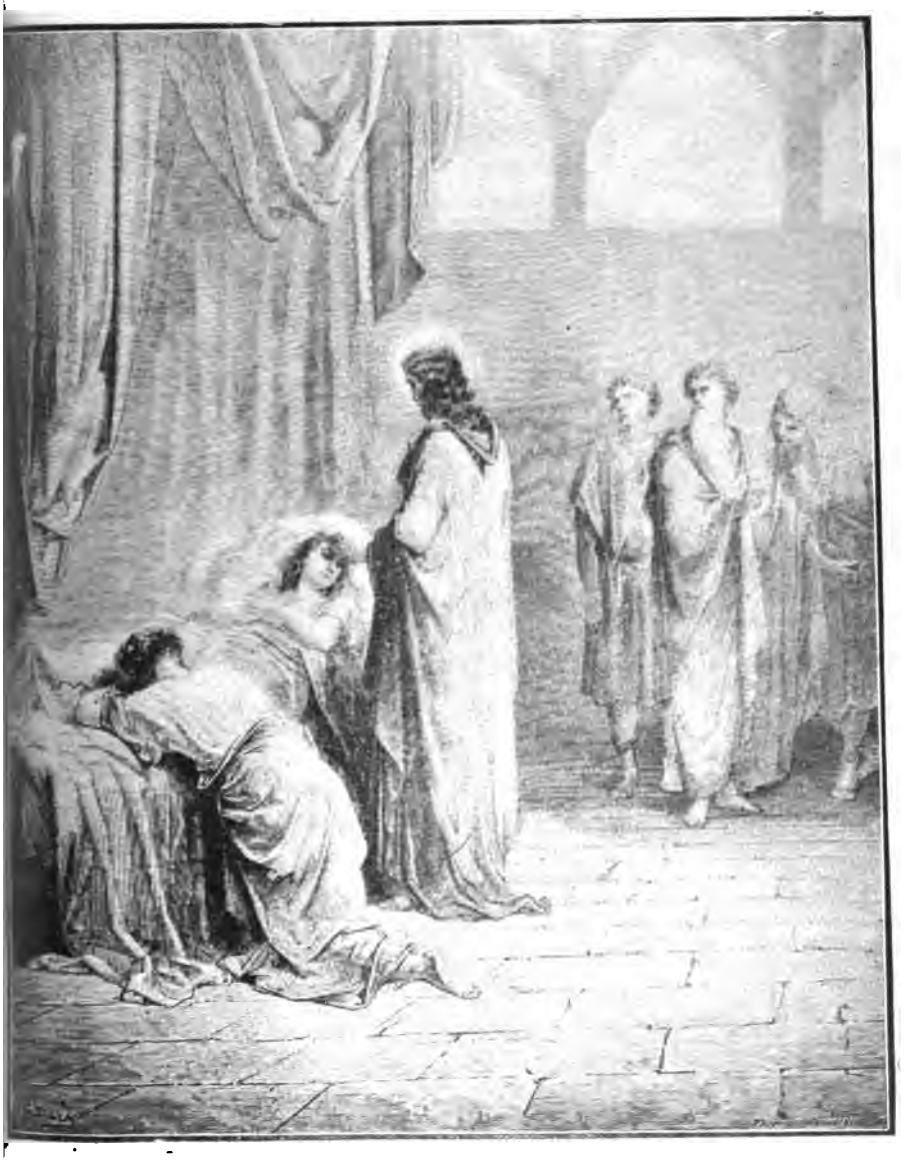
En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Ligero rosicler.
El padre queda inmóvil,
Atónito, suspenso,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.

—El Salvador se aleja—
La niña en el anciano,
Su débil, tibia mano
Apoya para andar;
Y con incierta planta
(Que mal en pie se rige)
Ansiosa se dirige
El cielo á contemplar.

En vasto giro inútil
Prolonga su mirada,
Sin que divise nada
De lo que anhela ver;
Cual si en eternas sombras
Sumido al orbe viera,
Le asusta de la esfera
La densa lobreguez.

¿Del recobrado mundo
Le agobian las cadenas?
¿Suspira por las penas
Que tiene que sufrir?
La niña al níveo pecho
Inclina tristemente
Su enajenada frente,
Y á Jairo dice así:

"Las sienes abrasadas,
Acongojado el pecho,
En el revuelto lecho
Postrábame el dolor;
Nublábanse mis ojos,
Y por doquier sentía
Confusa vocería,
Monótono rumor.



La resurrección de la Hija de Jairo.

Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar;
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro
Dulcísimo, sonoro
Y armónico vibrar.

Hollando con sus plantas
Arrebolada nube,
Gentil, blondo querube
Del éter descendió.
Del morador del cielo
El cerco centellante
Con esplendor brillante
Mi faz iluminó.

Un ósculo de suave
Y de hermanal ternura
Dió el ángel de la altura
En mi turbada sién;
Y desceñida al punto
De la terrena veste,
A la región celeste
Gozosa me lancé.

Y sin afán molesto
Ni esfuerzo fatigoso,
Siguiendo al venturoso
Espíritu inmortal,
Hendí los no medidos
Espacios, coronados
Con orbes inflamados
Que ruedan sin cesar.

Contemplo al remontarme
Portento tras portento,
Del suelo al firmamento
Llenando la extensión;
La escala se dibuja
De innumerables gradas,
Por ángeles guardadas
Que en sueños vió Jacob.

De esfera á esfera cruzan
Estrellas misteriosas,
Y notas cadenciosas
De mágico laúd,
Y de abrasada mirra
Embalsamadas nubes,
Y alígeros querubes
Y espíritus de luz.

Me esfuerzo vanamente
Con temerario empeño,
Tan inefable ensueño
Queriendo relatar.—
Perenne primavera,
Belleza inmarcesible,
Sosiego inextinguible,
Eterna libertad;

De amor inagotable
La sin igual delicia,
En triunfo la justicia,
Con lauro la virtud;
A su perdida patria
La humanidad volando,
Por lábaro llevando
Ensangrentada cruz;

Y, en fin, la cumbre célica,
Espléndida, infinita:
Tal fué mi mal descrita
Seráfica visión.
Por eso, al despertarme,
Al verme en este suelo,
La hiel del desconsuelo
Me amarga el corazón.

Yo he visto, padre mío,
De par en par abierta
La reforzada puerta
A dó se estrella el mal;
Y al traspasar del cielo
El muro de diamante,
Gemido penetrante
Me tuvo en el umbral.

En Palestina un hombre
Mi ausencia lamentaba,
Llorando me llamaba.
Escucho y es tu voz,
Y tiemblo, gimo, dudo,
Me rinde tu quebranto;
Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.

Desciendo, padre, en alas
De la filial ternura,
¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu aflicción comprado;
No quiero de tu lado
Volverme á separar.

¿Fué larga mi jornada?
¿Duró breve momento?
¿Quién tu apenado acento
Llevó á mi corazón?
¿Quién me mostró la puerta
Del inmortal seguro?
¿Quién á este valle obscuro
Mi espíritu lanzó?

Si cuadro tan magnífico,
Tan bello y halagüeño,
Fué realidad ó sueño,
Decirte no podré;
Mas sé que la bajeza
Del mundo he comprendido,
Que niña me he dormido
Y desperté mujer.

No digo bien; el eco
Que vibra en mi conciencia,
No es, padre, la experiencia
De la madura edad.
Ni quemo incienso inútil
Con esperanza vana
De la ventura humana
En el profano altar.

No cubre ya mis ojos
Del mal la espesa venda,
Y en la escabrosa senda
Que lleva á ser feliz,
Cual peregrina cauta
Caminaré de día,
Y para solo guía,
Señor, te quiero á tí.

Encontraré al embate
Del infortunio rudo
Inquebrantable escudo
En el paterno hogar,
Aquí, contigo, lejos
Del mundanal ruido
En sosegado olvido,
En venturosa paz.

NOTAS

NOTAS

(1).—Página 4.

> Inspirado por tí trazó Murillo
> Su bella y lastimera "Dolorosa,"
> Y al trasladar al lienzo tus enojos
> Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

Se alude al cuadro que existe en el Real Museo de Pinturas de Madrid, número 130.

Las "Vírgenes" de Murillo, superiores en mi concepto á las del mismo Rafael, gozan de fama europea y parecen llevar un sello sobrenatural.

(2).—Página 9.

> Sus portentos ni asustan ni estremecen,
> Sus milagros consuelan y enternecen.

Bossuet y Cantú hicieron ya notar la índole especial de los milagros de Jesucristo, no encaminados á seducir los sentidos, sino á remediar los males de la humanidad; milagros más de bondad que de poder.

(3).—Página 12.

El dolor debe estar en los altares.

Chateaubriand llama al Cristianismo religión de la adversidad, y escribe el siguiente bellísimo paralelo entre el culto pagano y el católico:

"Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sentimiento é idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la religión cristiana ¡Qué encanto de meditación! ¡qué profundidad de pensamientos! Hay más delicia en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una "Nuestra Señora de los Dolores," una "Madre de Misericordia" y algún santo obscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página más tierna que con todos los dioses del Panteón. ¡Aquí hay "poesía"! ¡Aquí hay "maravilloso"! Pero si queréis un "maravilloso" más sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que nuestro Dios se ha llamado "Hijo del Hombre." Nos atrevemos á predecirlo: vendrá un tiempo en que causará admiración que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen sólo en los hombres, sólo en las palabras del Cristianismo; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religión de la inteligencia y de la adversidad."

[El Genio del Cristianismo.]

(4).—Página 18.

Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno
De aquel lago fatal, mar de veneno;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende
Párase, vuelve atrás desvanecida,
En revuelta espiral rauda desciende,
Y en el callado mar flota sin vida.

Las descripciones del "mar muerto" que hacen los viajeros son muy varias. La última que conozco ha sido escrita por mi amigo el señor D. Adolfo Rivademeyra, vice-cónsul de España, y forma parte del curioso y notable libro que ha publicado recientemente con el título de "Viaje de Ceilan á Damasco."

Voy á trascribirla por más que, como los lectores observarán, no está conforme en parte con los versos que quedan copiados.

UN BANO EN EL MAR MUERTO

Jerusalem, 23 de Agosto de 1866.

La hora del alba sería, cuando saliendo de las deliciosas aguas que bañaron la frente del Hijo de Dios, ensillaba mi jaco, y por la inmensa y despoblada llanura del Jordán, me lanzaba con él á todo escape, cual si me persiguiera el grito de los manes allí abandonados, exclamando ¿á dónde va?

Iba al mar del Diablo; allí donde el brazo divino lanzó rayos de venganza sobre una pervertida raza, y donde las aguas más densas y más turbias del mundo esconden el oprobio de un pueblo... Cualesquiera otras aguas serían demasiado benignas para encubrir la ignominia de Sodoma y de Gomorra.

Menos de una hora había corrido, cuando no ya al horizonte, sino á mis pies, ví el Mar Muerto, nombre, entre los diez que se le dán, el más significativo, porque deja columbrar lo que es en realidad. Quieto se está entre dos filas de fragosas y tajadas sierras, que lo escudan á cinco leguas de distancia una de otra, del lado del Oriente y del Occidente, en cuyas empinadas faldas, que se extienden mucho más allá de donde alcanza la vista, rara vez se vieron las huellas de un ser humano, ni se oyó más rumor que el bramido de animales montaraces.

El agua, la más azul de cuantas he visto, refleja los rayos solares á manera de un espejo; nada vive en su seno, no se ve una vela, no se oye una ola ni se siente la menor aura; apenas se percibe un olor mefítico muy ligero, que, á juzgar por mí mismo, nada tiene de pernicioso aún para personas impresionables.

Contemplando estaba aquella escena de imponente soledad, en medio de la cual me hallaba, y pensando en la magnífica

vegetación que allí suponen algunos autores, en las ruinas que dicen descubre á veces el mar, y que hubiera debido ver yo también, por hallarme en el período en que las aguas alcanzan su más bajo nivel; pero no ví más que un pájaro, que por cierto no murió tampoco de las exhalaciones del mar. Me encogí de hombros al recuerdo de estas y otras exageraciones, y con paso seguro entré en el agua. Dí los tres primeros, algún tanto sorprendido de lo trasparente del líquido en aquel corto espacio, y sobre todo de su temperatura, que, aunque tan de mañana, no por eso dejaba de estar tibia; pero no bien hube adelantado lo bastante para perder de vista el fondo, cuando, fuera recelo ó impaciencia, determiné echarme á nado. Procedí cautelosamente, pero no tanto que no salpicase un poco de agua y me entrase en el ojo derecho; sentí gran escozor, mantuve cerrados los párpados, y me volví á poner en pie; pero á los pocos momentos todo el cuerpo me escosía, y tan terriblemente, que, convencido de mi imprevisión, quedé bien arrepentido de haberme metido en agua tan salada, después de doce horas de trotar y galopar.

"A lo hecho pecho, que al revés me la vestí y ándese así," me decía yo á mí mismo, y probé á nadar. No podía; á pesar de mis esfuerzos y de mi maña, apenas adelantaba y siempre me quedaba de costado.

Discurriendo con la prontitud del escarmentado, conocí que sobrenadando mis pies, no podía servirme de ellos, y que necesitándolos para base de mis movimientos, por precisión debía ladearme de un lado ó de otro; hícelo así dos veces, y héteme de espaldas tan cómodo y tan sin trabajo como en mi cama.

El agua me cubría los oídos y no pasaba de allí, por más que dejaba caer la cabeza; la parte superior del cuerpo apenas se mojaba, y los pies sobrenadaban siempre, como parte más ligera del cuerpo humano. Aunque menos que en la primera, también me ladeaba un poco en esta posición, y los pies seguían fuera, pero la cabeza estaba más sumergida.

Gusto me habría dado dejar flotar así mi cuerpo sin ningún esfuerzo ni movimiento; pero la picazón me impacientaba, y luego el agua era tan desagradable al tacto, y de tal naturaleza, que más que otra cosa parecía aceite.

¡Esfuerzo supremo! Allí donde la distancia entre el fondo y el nivel del agua no pasaba de tres metros quise sumergir-

me del todo; pero no obstante haber tomado bien mis medidas, me fué imposible hallar tierra; ¿qué digo? sí hallé, pero fué betún y sal, ó no sé qué especie de cieno; ¡qué hubiera sido de mí si hubiese metido el pie en materia tan pegajosa! El agua que me entró por el ojo izquierdo me dejó ciego; y á flote de nuevo, y desistiendo de hacer segunda prueba, y con los párpados más cerrados de lo que hubiera querido, me salía corriendo á tientas, cuando, ¡horror! con las ansias de alcanzar la playa bebí un buen trago de agua! ¡Qué amargura! ¡qué nauseas! Ni Leroy ni todos los suyos inventaron jamás brevaje más horrendo ni más.... ¡La toalla, volando! ¡La camisa! ¡Los pantalones! ¡A quitar la capa de sal que me punza como un millón de agujas! ¡Corriendo á secar los ojos, á limpiarme los oidos, á frotar brazos y piernas!.... Desapareció la desazón del cuerpo; pero ¿y la de la boca? ¡Qué gusto tan execrable! ¡Qué tos! ¡Ay de mi garganta! ¡Qué agua, Dios mío!... Maldita fuiste, decía yo, maldita eres y con razón... indigna de ser abrevadero de serpientes, has ido, como para vengarte, á sorprender á quien te miraba tal vez hasta con curiosidad. Bien reconozco en tí el sello de la infamia y de la corrupción.... Huye de mis miradas, escóndete..... ¡Que un diluvio de rayos te evapore, y deje tus heces para veneno de los animales más inmundos!

(Viaje de Ceilán á Damasco).

(5).—Página 19.

Donde alzó Salomón el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó, anheloso
De hacer á Dios magnífico presente.

En la construcción del templo de Salomón se emplearon:
3,600 sobrestantes.
80,000 hombres para la explotación de canteras y labra de piedras.
70,000 para la conducción de materiales.

Hiram, rey de Tiro, proporcionó artífices, y se encargó del corte de maderas del Líbano, enviándolas en balsas hasta Joppa.

El oro puro de que se hizo pródigo uso en la ornamentación del interior del templo, procedía de Paruain.

(6).—Página 23.

Perseguid el pecado cuando nace,
Y en los pliegues se oculta del deseo.

La religión cristiana, al penetrar en el secreto del pensamiento, al condenar el deseo, al ordenar ahogar en su cuna el mal, ¿es una religión profundamente sábia y civilizadora, ó es una religión tiránica é impracticable? El primero de los filósofos modernos, el ilustre y malogrado Bálmes, examina este asunto, y prueba de una manera indudable que el precepto cristiano está fundado en la misma naturaleza del corazón del hombre. Creo que mis lectores verán con gusto las líneas que en pró de esta idea escribió nuestro eminente compatriota:

"Meditando sobre la naturaleza del corazón del hombre, y ateniéndonos á lo que nos enseña la experiencia de cada dia, puede asegurarse que el medio más adaptado para enfrenar una pasión es dejarla sin esperanza, y que el condescender con ella, el permitirle contínuos desahogos, es incitarla más y más, es juguetear con el fuego al rededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana confianza de que siempre será fácil apagar el incendio.

"Demos una rápida ojeada sobre las pasiones más violentas, y observemos cuál es su curso ordinario, según el sistema que con ellas se practica. Ved al jugador, á ese hombre dominado por un desasosiego indefinible, que abriga al mismo tiempo una codicia insaciable y una prodigalidad sin límites; que ni se contenta con la más inmensa fortuna, ni vacila en aventurarla á un azar de un momento; que en medio del mayor infortunio sueña todavía en grandes tesoros; que corre afanoso y sediento en pos de un objeto que parece el oro, y que, sin embargo, no lo es, pues que su posesión no le satisface; ved á ese hombre cuyo corazón inquieto solo puede vivir en medio de la incertidumbre, del riesgo, suspenso entre el temor y la esperanza, y que al parecer se complace en esa rápida sucesión de vivas sensaciones, que de continuo le sacuden y atormentan: ¿cuál es el remedio para curarle de esa enfermedad, de esa fiebre devoradora? Aconsejadle un sistema de condescendencia, decidle que juegue, pero que se limite á cierta cantidad, á ciertas horas, á ciertos lugares, ¿qué

lograréis? Nada, absolutamente nada. Si estos medios pudieran servir de algo, no habría jugador en el mundo que no se hubiese curado de su pasión, porque ninguno hay que no se haya fijado mil veces á sí mismo esos límites, que no se haya dicho mil veces: "Jugarás no más que hasta tal hora, no más que en este ó aquel lugar, no más que sobre tal cantidad." Con estos paliativos, con estas precauciones impotentes, ¿qué le sucede al desgraciado jugador? que se engaña miserablemente, que la pasión transige para cobrar fuerzas y asegurar mejor la victoria, que va ganando terreno, que va ensanchando el círculo prefijado, y que vuelve á los primeros excesos, si no á otros mayores. ¿Queréis curarle de raíz? Si algún remedio queda, será, no lo dudéis, abstenerse desde luego completamente. Esto á primera vista será más doloroso, pero en la práctica será más fácil: desde que la pasión vea cerrada toda esperanza empieza á debilitarse, y al fin desaparecerá. No creo que ninguna persona experimentada tenga la menor duda sobre la exactitud de lo que acabo de decir, y que no convenga conmigo en que el mejor medio de ahogar esa formidable pasión es quitarle de una vez todo pábulo, dejarla sin esperanza.

"Vamos á otro ejemplo: Supongamos á un hombre señoreado por el amor; ¿creeis que para curarle será conveniente consentirle un desahogo, concediéndole ocasiones, bien que menos frecuentes, de ver á la persona amada? ¿Pareceos si podrá serle saludable el permitirle la continuación, vedándole empero la frecuencia? ¿Se apagará, se amortiguará siquiera, con esa precaución la llama que arde en su pecho? Es cierto que no: la misma compresión de esta llama acarreará su aumento y multiplicará su fuerza, y como por otra parte, se le va dando algún pábulo, si bien más escaso, y se le deja un respiradero por donde puede desahogarse, irá ensanchando cada día ese respiradero, hasta que al fin alcance á desembarazarse del obstáculo que le resiste. Pero quitad á esa pasión la esperanza: empeñad al amante en un largo viaje, ó poned de por medio algunos impedimentos, que no dejen entrever como probable, ni siquiera posible, el logro del fin deseado, y entonces, salvas algunas rarísimas excepciones, conseguiréis primero la distracción, y en seguida el olvido. ¿No es esto lo que está enseñando á cada paso la experiencia? ¿No es este el remedio que la misma necesidad sugiere todos los días á los padres

de familia? Las pasiones son como el fuego; se apaga si se le echa agua en abundancia, pero se enardece con más viveza, si el agua es poca é insuficiente.

"Pero elevemos nuestra consideración, coloquémonos en un horizonte más vasto, y observemos las pasiones en un campo más extenso y en regiones de mayor altura.

¿Cuál es la causa de que en épocas tormentosas se exciten tantas y tan enérgicas pasiones? Es que todas conciben esperanzas de satisfacerse; es que volcadas las clases más elevadas, y destruídas las instituciones más antiguas y colosales, y reemplazadas por otras que antes eran imperceptibles, todas las pasiones ven abierto el camino para medrar en medio de la confusión y de la borrasca. Ya no existen las barreras que antes parecían insalvables, y cuya sola vista, ó no dejaba nacer la pasión, ó la ahogaba en su misma cuna; sólo se necesita valor y constancia para saltar intrépido por enmedio de los escombros y ruinas que se han amontonado con el derribo de todo lo antiguo."

(El Protestantismo comparado con el Catolicismo).

(7).—Página 36.

.....Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;
Al Padre Santo Espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazón altar.

El venerable P. Scio, Obispo de Segovia, en cuyas notas á la "Biblia" resplandecen la más sana crítica y la más profunda erudición, hace el oportuno comentario que sigue acerca de la enseñanza que se desprende de las palabras de Cristo á la Samaritana:

"Ha llegado el tiempo en que el culto del verdadero Dios no estará ceñido á este ó al otro lugar ni á ésta ó la otra nación. Ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperan-

za y la caridad; culto muy diferente del que le dan ahora los judíos, que sólo consiste en figuras exteriores y figurativas.

"Jusucristo no "excluye" por eso todo culto exterior, nos enseña solamente que es inútil y que no puede honrar á Dios, "cuando no va fundado sobre" el interior del espíritu."

(8).—Página 46.

¿Es á tus ojos más culpable
La adúltera mujer que Magdalena?

La cuestión que aquí se indica ha sido tratada por Jovellanos con tanta valentía como elocuencia, en su célebre epístola á Arnesto, de la que copio los siguientes versos:

"Veo apagadas las nupciales teas. . . . . .
. . . . . .¿Quién ¡oh Témis!
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hombre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seducción y el tierno amor rendida
La expilas, la deshonras, la condenas
A incierta y pura reclusión, ¿y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desorden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?"

(9).—Página 48.

Y por tu mano inmaculada escrito
De fuego eterno con buril ardiente,
En su pálida frente
Lleve por todo nombre su delito.

Aparte de ésta, las demás mujeres son conocidas en el Evangelio, ya por su nombre propio, como María, Magdalena, Salomé, etc.; ya por su patria, como la Samaritana, la Cananea; ya por el nombre de su familia, como la hija de Jairo.

(10).—Página 51.

El hombre delinquió, nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia.

Nuestra religión enseña que el hombre ha nacido en el pecado. Séneca, Cicerón y otros sabios de la antigüedad, indicaron que debía haber alguna causa divina de nuestros males y errores, y que nuestra existencia es una especie de castigo. Los hierofantas, al explicar á los iniciados los más recónditos misterios del templo de Eleusis, establecían la máxima de que los hombres han nacido expresamente para expiar en esta vida faltas cometidas en otra vida precedente.

Pascal manifiesta que la trasmisión del pecado original es el más incomprensible de todos los misterios de nuestra religión, pero sin el que no podemos tener conocimiento alguno de nosotros mismos. Este misterio es inconcebible, añade, pero aún es más inconcebible el hombre sin este misterio.

(11).—Página 53.

A los cuidados del hogar atenta.

Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa. (San Lucas, Cap. X.).

(12).—Página 63.

Y es Berenice el nombre de la hermosa
De Palestina encanto.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significan "verdadera imagen," aludiendo al rostro de Cristo, impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de Berenice.

Hojeda en su "Cristiada," refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer:

"Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria:
¡Oh pía osadamente! ¡oh tu felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano bulto!

"Esta mujer, en medio de la calle,
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpialle,
Y en el lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo
Y el pecho de la dueña compasivo."

El Papa Bonifacio VIII, hizo llevar de la Iglesia del Espíritu Santo á la de San Pedro, un lienzo llamado "verónica," sobre el que está trazada la imágen del Salvador del mundo.

APÉNDICE

Aprovechamos la ocasión de hacer esta nueva edición de "Las Mujeres del Evangelio," para agregar el siguiente poema del mismo autor, por ser poco conocido.

El Editor.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO

I. Milton y su hija Débora.—II. La luz.—III. Glora.—IV Infidelidad.—V. Revolución inglesa (1642-1660).—VI *El Paraíso Perdido*.—VII. ¡Cinco libras esterlinas! (1).—VIII. Adiós á la patria.—IX. Desaliento.—X. El llanto de Débora.—XI. Al destierro.—XII. Conclusión.

I

El tibio resplandor de la alborada
Se extiende por los términos del cielo,
Y traspasa la lóbrega y pesada
Niebla, que entolda de Bretaña el suelo.

En el brazo de Débora apoyado
Un ciego de canosa cabellera,
Con insegura planta, de un collado
Desciende de la mar á la ribera.

1 Cantidad en que Milton se vió precisado á vender la primera edición del *Paraíso Perdido*.

Es el cantor de la celeste guerra,
Del bien perdido, del castigo eterno,
De la primera culpa de la tierra,
De la primer conquista del averno. —

De Débora los dulces claros ojos
Son del azul del cielo refulgente,
Guardan sus esmaltados labios rojos
Perlas abrillantadas del Oriente.

Es cual la flor de la mañana pura,
Como ensueño de amor es hechicera;
La dió el sauce su lánguida tristura,
La dió su gentileza la palmera.

Tiene del cisne erguido el albo cuello,
Levantado es su pecho, su pie breve;
Desciende en rizos de oro su cabello
Desde la sien de inmaculada nieve.

Atesora su cándida hermosura
Más que terrenas celestiales galas:
Es un ángel venido de la altura,
Que tan sólo al bajar perdió las alas.—

Besa la falda del agreste monte,
Que Débora y su padre están bajando,
El espumoso mar; en su horizonte
Las velas de un bajel se van alzando.

No empavesan la nave misteriosa,
Ni flámula, ni insignia, ni bandera,

Y el gobernalle rige á la arenosa
Playa do Milton con afán la espera.

El seno maternal de la Bretaña
Se apercibe á dejar, que en los combates
Vencido, va á pedir á tierra extraña
Asilo do librar lira y penates.

Y mientras llega la nadante quilla,
Cuyas pomposas lonas hinche el viento,
A la desierta y nebulosa orilla,
Del vate oíd el apenado acento.

II

"Del sol la etérea, la fecunda llama,
Iluminando la celeste esfera,
Júbilo y vida por doquier derrama
En su triunfal espléndida carrera.

"Himno ferviente al Hacedor entona
La humanidad, y olvida sus pesares
Cuando del sol la vívida corona
Se desprende del fondo de los mares.

"Abre la flor sus hojas virginales,
Trinan las aves, plácido se agita
El pez entre los móviles cristales
Y del orbe la máquina palpita.

"Ay del que, como yo, desventurado
No rinde al regio sol digno tributo,
Y vive en este mundo condenado
A noche eterna y perdurable luto.

"¡Con qué belleza para mí tan triste
La estación germinal de los amores
En mi arrobada mente se reviste
Con sus galas de arroyos y de flores!....

"Ya me figuro ver mieses doradas,
Que al afanado labrador consuelan,
Ya las ramas del bosque entrelazadas
A do las aves á arrullarse vuelan,

"O la diáfana gota de rocío
Que el puro cáliz de la rosa embebe,
O en el silencio del invierno frío
Las deslumbrantes sábanas de nieve,

"O ya las olas de la mar henchidas
Que amenazantes á la playa llegan,
Y obedeciendo á leyes no sabidas,
Con murmurio imponente se repliegan...

"¿Quién no adora el poder almo y fecundo
De la sabia y divina Providencia?
¿Quién puede inerte contemplar el mundo
Con ojos de insensible indiferencia!

"¡Oh padre de la luz, astro de fuego!
Si en el templo brillante de tu gloria

No te puede admirar el vate ciego,
Te admira en el altar de su memoria.

"Y si mis muertos ojos un instante
Se volvieran á abrir y á ver el día,
¡Con qué placer mirára tu semblante,
Hija del corazón, Débora mía!

III

"Con áspero rigor desde mi cuna,
Sin que un momento de oprimirme ceda,
A sus plantas me tiene la Fortuna
Bajo la pesadumbre de su rueda.

"Ví al cantor de *Julieta* y de *Romeo*
Pobre bajar á su inmortal ocaso,
Visite en su prisión á Galileo,
Lloré las penas que lloraba el Taso.

"Lira que canta, corazón que gime,
No hay pensamiento grande que no sea
Hijo de un gran dolor. Dolor sublime
A los Homeros y Cervantes crea.

"Cuando esas sombras del sepulcro evoco
Insensato mi orgullo lisonjeo:
La aspereza del mundo es lo que toco,
La gloria universal lo que deseo.

"¿No se podrá dejar alta memoria
Sino con propias lágrimas regada?
¿En el sagrado alcázar de la gloria
Sólo á la desventura dan entrada?

IV

"Yo era gallardo, joven y valiente.—
Este alarde perdona al pobre anciano
De temblorosa voz, arada frente,
Escasas fuerzas y cabello cano.

"Idolatré la pérfida hermosura
De quien no debo pronunciar el nombre,
Con toda la vehemencia y la ternura
Que amor, sólo el amor inpira al hombre.

"Y si quieres saber cuánto la amaba,
Recuerda, hija del alma, el tierno canto
Que trémulo mi labio te dictaba,
Y veces mil entrecortó mi llanto,

"Cuando describo la mujer primera,
Víctima ya de la serpiente astuta,
Que incita á Adán risueña y placentera
Para que coma la vedada fruta.

"¡Cuál se estremece Adán!—Llegó la hora
Que el ánimo le inunda de amargura,
De abandonar á la mujer que adora
O renunciar á la eternal ventura.

"Y ni llega á dudar. No es que le mueva
De ser Dios el soberbio pensamiento,
Es que no quiere separarse de Eva,
Y así prorrumpe con sentido acento:

"Sin tí la dicha, con tu amor la muerte.
"Te pierdo si á mi Dios sigo sumiso.
"No, no vacilo, partiré tu suerte.
"¡Qué fuera sin tu amor el Paraíso!"

"Y ese triunfo de amor nunca igualado,
Que no cantó más lira que la mía,
Ese amor, cuanto inmenso desgraciado,
Ese infinito amor yo lo sentía.—

"De mi cariño el consagrado nudo
Una mujer rompió.—¡Mujer siniestra!—
¿Qué importuna piedad tuvo el agudo
Hierro que alzó mi justiciera diestra?

"La angustia que de entonces me acompaña
Me seguirá lo que mi vida dure.
Heridas hay que el tiempo no restaña,
Ni bálsamo se encuentra que las cure.

"Se perdona la ofensa del extraño,
Y con la ofensa al ofensor se olvida;
Pero ¿quién borra el indeleble daño
Del desamor de la mujer querida!

V

"Cuando sumido en mi aflicción estaba,
En el aire vibró clarín guerrero;
Desolada mi patria me llamaba,
Volé á su voz y fulminé el acero.

"Luchaban esforzados capitanes
En fratricida y obstinada guerra;
Fué otra lucha de dioses y titanes
Que conmovió los ejes de la tierra.

"Ensañadas las huestes combatían,
Y su nombre de hermanos olvidaban:
El *derecho* los unos defendían,
La *libertad* los otros proclamaban.

"Vístese el rey con la bruñida malla
Y á defender acude su corona,
Truécase el reino en campo de batalla,
Y un combate con otro se eslabona.

"Mas reducen al rey á cautiverio,
En cárcel su palacio se convierte;
Y mientras llora su perdido imperio,
El parlamento le condena á muerte...

"¡Ah! bien recuerdo su figura esbelta,
Su negro traje, su mirar severo,
Su adusta faz, su cabellera suelta
Y su paso pausado y altanero.

"Los que al cadalso á Carlos conducían
Llevaban los sombreros en la mano;
Asustados esclavos parecían,
Pendientes de la voz de su tirano.

"Del tablado fatal subió las gradas
Con firme y desdeñoso continente,
Y clavando en el pueblo sus miradas,
Cruzó las manos y dobló la frente.

"Impenetrable máscara el semblante
Del verdugo de Carlos encubría,
Y mirándole el Rey un breve instante,
Dijo con entereza y energía:

"La justicia que el rostro se recata
"Ha perdido la paz de la conciencia;
"Su cobardía y su maldad delata,
"Y en alta voz proclama mi inocencia."

"Se inclina al tajo, con su diestro brazo
Da la señal de herir, y con presteza,
Exánime y sangrienta, de un hachazo,
Rueda sobre el cadalso su cabeza.

"Derrocada la patria dinastía
Del rey desventurado con la muerte,
Desbórdase rugiendo la anarquía,
La enfrena el *Protector* con mano fuerte.

"Seguí constante la segura huella
Del vencedor, indómito caudillo;

Deslumbró al universo de su estrella,
Jamás contraria, el victorioso brillo.

"Atónitos los pueblos admiraban
Su fiero ardor, su austeridad sombría;
Sus escuadras los mares fatigaban,
Y su ejército fiel siempre vencía.

"El de la libertad ornó las sienes
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Y de su mando los fecundos bienes
Con letras de oro grabará la historia.

"Pero no bien á la insaciable tumba
De la presente edad baja el coloso,
Tiembla, se desmorona y se derrumba
Su alcázar con estruendo pavoroso.

"Y la nación, que se juzgó salvada
Por la sangrienta mano del verdugo,
Hoy, de su libertad ya fatigada,
Se amarra dócil al antiguo yugo.

"Y tras de tanto sacrificio acerbo,
El derrocado trono restablece.—
El pueblo quiere ser déspota ó siervo;
Ama la libertad y la envilece;

"Mañana desatiende al que hoy escucha;
Al ídolo de ayer ora desprecia;
Goza en las emociones de la lucha;
Las ventajas del triunfo menosprecia.—

"¿Qué pensarás, monarca restaurado,
Del pueblo que á tus pies llega anhelante?
¿Qué dirás al oír alborozado
A tu arribo feliz salva triunfante?

"¿Cuándo la voz del pueblo es voz del cielo?
¿Cuándo escarnece al rey y le destrona?
¿O cuándo, ardiendo en entusiasta anhelo,
Llama al hijo y le vuelve la corona?

"Soberano infeliz, Carlos primero,
Si aún tu espíritu vaga por el mundo,
Mira de hinojos á tu pueblo fiero
Ante su nuevo rey Carlos segundo.

VI

"Tanta escena de horror y tanto crimen,
Tanta desolación y estragos tantos,
Profundas huellas en mi pecho imprimen
Y hallan ecos terribles en mis cantos.

"El eco que repiten las montañas
Con sonido doliente y prolongado
En sus abiertas cóncavas entrañas,
Es confuso, incompleto y apagado;

"Pero el eco del alma no aminora,
Concento que repite lo engrandece,
Con nuevas vibraciones lo avalora,
Y con sentidas notas lo embellece.—

"Pulso las cuerdas de la hebráica lira,
La tempestad flamígera me alumbra,
La sacra musa de Sión me inspira,
Y á las regiones célicas me encumbra.

"Y describo batallas estridentes
De grandeza sin par, de eterno duelo;
Que son el bien y el mal los combatientes,
Y el campo de batalla el mismo cielo.

"Trazo el hórrido golfo del averno,
De Satán la fatídica figura,
Su indomable altivez, su afán eterno
De vengarse de Dios y de su hechura.

"Vuela al Edén el pérfido enemigo,
Ve la mansión de bienandanza llena,
Y tiembla de furor. ¡Qué más castigo
Para el malvado que la dicha ajena!

"De fresca gruta en la apacible sombra
Contempla á los humanos moradores
Que, reclinados en la verde alfombra,
Hablan de sus dulcísimos amores.

"Ve que no por temor, que á Dios adora
Adán por gratitud. ¡Su dicha es tanta!
No es su oración la que demanda y llora,
Es la oración que glorifica y canta.

"De la envidia las olas de veneno,
De la venganza las airadas nubes,

Se agolpan y agigantan en el seno
Del que fué el luminar de los querubes,

"Y audaz emprende... Mas, ¿á qué repito
El que en largas veladas te he dictado
Epico libro, por tu mano escrito,
Y en tu sencillo corazón grabado?

"Del Edén la tragedia misteriosa,
En que la fe resuelve el gran problema,
Llave de nuestra vida dolorosa,
Lego á la humanidad en mi poema.

VII

"¡Qué irrisoria del vate es la corona!
¿Qué importa que su cántico se admire,
Si con desdén el mundo le abandona
Y de hambre en un rincón deja que espire?

"Pronto de pan mendigará un pedazo
Quien ostenta la délfica diadema;
Y pagan al verdugo cada hachazo
Más de lo que me vale mi poema.

"Si fuera el interés el móvil sólo
Del calumniado corazón del hombre,
¿Quién en el templo del ingrato Apolo
Mármol buscára do grabar su nombre?

"Mas nuestro corazón responde y late
A impulsos altos de divina esfera:
¿No marcha el héroe impávido al combate?
¿No va tranquilo el mártir á la hoguera?

"Nunca anhelé subir de la riqueza
Al palacio de techo artesonado,
Ni me placen el ocio y la pereza
Del torpe y sibarita potentado

"Y fuera yo el mortal más venturoso
Si pudiera en Albión vivir tranquilo,
Y habitar, ni envidiado ni envidioso,
De la sóbria virtud en el asilo.

"Pero estar en continuo desosiego
Y fatigando espíritu y materia,
Llegar á la vejez y hallarse ciego,
Fugitivo y sumido en la miseria,

"Anonada, enloquece. En mi demencia
Indigno y criminal me juzgo á veces
Cuando me hace apurar la Providencia
El cáliz del dolor hasta las heces.

VIII

"Hoy me destierra de los patrios lares
Implacable y cruel suerte enemiga,
Y en suelo extraño, allende de los mares,
Hogar y pan á mendigar me obliga.

"Verdes colinas, arroyuelos claros,
Prados amenos do jugué de niño,
Parece que en el punto de dejaros
Mi corazón os tiene más cariño.

"Tierra donde rodó mi humilde cuna,
¡Cuál me cuesta arrancarme de tus brazos!
¡Ojalá que propicia la fortuna
Junte á tus hijos en fraternos lazos!

"Adiós, tierra natal, suelo querido,
Oye el postrer adiós del vate ciego:
Tu desdeñosa ingratitud olvido
Y al Sér Supremo por tu dicha ruego.

IX

"La reina del espacio, la sagrada
Ave de Jove, emblema de la guerra,
Que anida por las nubes circundada
En los montes más altos de la tierra,

"El águila que en yugo incontrastado
A todo el reino de las aves tiene,
Y que cierne su vuelo sosegado
Sobre el Cáucaso, el Atlas y el Pirene,

"Si luengo tiempo prisionera gime,
Tras angustioso padecer sombrío
Mirando la cadena que le oprime,
Su cuna olvida y su arrogante brío.

"Y no sabe (sus fuerzas agotadas
En enervante y lánguido desmayo)
Cómo extender las alas enarcadas
Para volar á la región del rayo.

"Así se olvida el alma, de este suelo
Encadenada en la prisión obscura,
Que más allá del estrellado velo
Se encuentra su región y su ventura.

"Y según se prolonga la existencia,
Cual flor que se deshace hoja tras hoja,
De la paz, del amor, de la inocencia
Y hasta de la esperanza se despoja.

"Crece la vida y la desdicha crece,
Y se empieza á dudar si Dios es justo,
Viendo que la virtud ora y padece,
Y sube el vicio á tribunal augusto.

"¡Ah, cuántas veces el delito lleva
Del ínclito poder á la alta cumbre,
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre,

"Y hundidos en inerte desaliento,
No tenemos los míseros humanos
Ni á quien alzar el desmayado acento,
Ni á dó tender las suplicantes manos.

"Marchítase la fe, la duda brota,
Y va asolando cual hirviente lava;

Y hasta el anhelo del placer se agota,
Y hasta el instinto de vivir se acaba.

X

"La condición mortal de nuestra vida
Es el dón más precioso de la suerte.
No con temor imbécil me intimida,
Antes con avidez llamo á la muerte.—

"Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!
Oyendo estoy tu congojoso aliento;
Lloras, sí, y es por mí... tus penas calma,
Que más tu lloro que mis males siento.

"Comprendo bien tu queja lastimera,
Amor me prueba tu inocente llanto,
Y mientras haya un alma que nos quiera,
La vida tiene objeto y tiene encanto.

"Quiero vivir, pero vivir contigo,
Y aprecio tanto tu filial ternura,
Que desdeño mis penas, si consigo
No darte por herencia mi amargura.

"Cuando cubra la tumba mis despojos,
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,
En el cristal de tus azules ojos
Con viva luz reflejará mi gloria.

"Eres, Débora, el aura de bonanza,
Que en primavera el manantial deshiela,
El ángel celestial de la esperanza
Que acompaña al dolor y le consuela.

"¡Te hará gemir el que te debe tanto!
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso!
Fueran tus penas mi mayor quebranto;
Sé tú feliz, y me verás dichoso."

XI

El bajel, de la orilla ya cercano,
Ancla y bota á la mar lancha ligera,
Que encomendada á la robusta mano
De hábil remero, atraca á la ribera.

Entra en el bote el ciego desvalido,
Y Débora tras él rauda se lanza,
Boga la lancha al barco detenido
Y en instantes brevísimos le alcanza.

De nuevo el barco su derrota emprende
Dejando al rededor montes de espuma,
El seno de la mar ligero hiende
Y desparece entre la densa bruma.

XII

Los que sabéis que el alma atribulada
Necesita de Dios en sus dolores,

Y no cerráis del corazón la entrada
De la ajena desdicha á los clamores,

Venid, venid á mí, y si os contrista
El lamentar del inspirado ciego,
A las alturas dirigid la vista
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

¡Que amanse su furor el Océano!
¡Que no se nuble la polar estrella!
¡Que Dios proteja al venerable anciano!
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!

LUIS MARTINEZ Y GÜERTERO

(Artículo publicado en «Gente Vieja,» periódico literario de Madrid)

"Siendo casi un niño, á poco de mi venida á Madrid desde el rincón de una provincia, deseoso de abrirme paso, si podía, en la república de las letras, contraje estrecha y cordial amistad con un joven poeta, próximamente de mi misma edad, y, como yo, desconocido. Era á la sazón Luis Martínez Güertero, que así se llamaba mi nuevo camarada, aun cuando ocultase su verdadero nombre—no sé por qué—bajo el extraño pseudónimo de "Lanmig," mitad enigma y mitad anagrama, un mancebo apuesto y gallardo, de fisonomía byroniana, de ingenio vivo y sagaz, y si bien de índole algún tanto voluntariosa y autoritaria, como niño mimado, de trato cariñoso y expansivo.

Todavía recuendo con melancólico encanto aquellas hermosas tardes de otoño, en que él, Carlos Rubio, otro gran poeta malogrado y yo, paseábamos juntos por las frondosas arboledas del Retiro, al través de cuyo espeso follaje, que ya empezaba á amarillear, se filtraban, como hilos de oro, los últimos y encendidos fulgores del ocaso. Entregados á vanas imaginaciones, vagábamos solos entre el bullicio de la gente,

sin cuidarnos de nada, declamando versos, confiándonos en el calor de la intimidad nuestros propósitos, nuestros amoríos, nuestros apuros de dinero, nuestras penas fugaces, y fijo el pensamiento en lo porvenir, alimentando nuestra sed de gloria con risueñas y doradas esperanzas. ¿Qué queda ya de nuestros sueños de entonces? ¿Qué queda de nosotros mismos? "Larmig" ha desaparecido trágicamente del mundo á impulsos de su propia mano; Carlos Rubio ha muerto en la obscuridad, sin dar de sí todo lo que prometía, devorado por el monstruo de la política, y sólo yo, el más débil y enfermizo de los tres, resisto aún los embates de la edad y de la vida á semejanza de uno de esos viejos troncos que permanecen erguidos, aunque ya sin flor, sin hojas y sin fruto, como único vestigio de una selva por donde han pasado, arrasándola, el huracán y el incendio.

Repentinas mudanzas de la suerte torcieron el curso de la existencia de "Larmig." De la noche á la mañana se encontró huérfano y pobre. Era una naturaleza enérgica, y ante aquel inesperado golpe de la fortuna, no desmayó un solo instante. Comprendiendo con exacto sentido de la realidad que el camino de la literatura, donde ya había empezado á cosechar laureles, no era el más apropiado, sobre todo en España, para recuperar la riqueza perdida, abandonó sus estudios universitarios, rompió, sin vacilaciones, su áurea pluma de poeta, y sin despedirse de nadie marchó á Londres, en donde, con su conocimiento del inglés y algunas recomendaciones valiosas, no le fué difícil colocarse en una casa de Banca española. Desde entonces no volví á saber de él, no recibí ninguna carta suya, y perdí por completo su rastro, hasta que un día, después de muchos años de separación, dí con él de manos á boca, cuando menos lo esperaba, en la Puerta del Sol. Nuestra alegría fué inmensa. Abrazámonos con efusión fraternal, y como si sólo hubiéramos dejado de vernos desde el día anterior, reanudamos nuestras amistosas confidencias. Contóme parte de su historia; díjome que se había casado en la Coruña, y que á la sazón vivía en Madrid con una hija única, inteligente y hermosa, que era á la vez su preocupación y su encanto.

Un día se presentó muy de mañana y de improviso en mi casa. Arrellenóse en una butaca, y con muchos rodeos y atenuaciones, como si se tratase de gravísima falta, me mani-

festó que en sus horas de ocio había compuesto un libro de versos, sobre cuya publicación quería consultarme. A instancias mías comenzó á leer su manuscrito, y desde las primeras páginas me sentí subyugado por la magia de aquellas vibrantes estrofas, llenas de unción religiosa y de magnificencia lírica, diáfanas como la atmósfera de un sereno día de estío y conmovedoras como algunos versículos de la Biblia.

Varias veces intentó cerrar el cuaderno diciéndome:—¡Basta! Ya habrás podido formar juicio de mis pobres tentativas,—y otras tantas le contuve obligándole á continuar la lectura. Concluyóla al fin, dejándome confuso, ó más bien maravillado; díle mi cordial enhorabuena, y al oir los calurosos elogios que su obra arrancaba á mi admiración, preguntóme con cierta timidez si tendría inconveniente en escribir un prólogo para presentarle al público, de quien hacía tanto tiempo vivía apartado.

Acepté con júbilo su proposición, y sin levantar mano hice en pocas horas el trabajo que me había pedido, el cual, como escrito en época tan calamitosa y revuelta, se reciente del estado de mi ánimo, al mismo tiempo afligido é indignado. "Larmig" me demostró su gratitud con apretado abrazo, recogió el prólogo, y al cabo de un mes, poco más ó menos, me trajo el primer ejemplar de las "Mujeres del Evangelio," libro cuya fama, desde su aparición, ha ido creciendo de día en día.

Transcurrido algún tiempo, "Larmig," que no menudeaba sus visitas, se presentó de nuevo en mi casa. Nunca le había visto tan animado y jovial. Acababa de escribir su hermoso poema "Las Hijas de Milton," (*) el primero de una colección que tenía proyectada, y con la candorosa alegría de autor satisfecho, venía á leerme algunos trozos de su última obra. Hablamos largo y tendido; me anunció que quería publicar su nuevo libro en edición de gran lujo, con láminas grabadas en Inglaterra; y luego, en el curso de la conversación, por su parte chispeante y entretenida, me expuso su proyecto de probar fortuna en el teatro. Aún resuenan en mis oídos las palabras con que, despidiéndose de mí, puso fin á nuestra entrevista.

(*) O "Las Querellas del Vate Ciego," que van agregadas en este Apéndice.—(N. del E.)

—Adiós—me dijo,—voy á hacer un drama, y si tiene buen éxito, lo celebraremos con una francachela como las que solíamos tener en nuestra juventud. Echaremos una cana al aire.

Y, en efecto, cumplió su palabra é hizo un drama: pero ¡cuán espantoso y horrible!

La mañana del día siguiente á aquel en que estuvo hablando conmigo, degollóse con una navaja de afeitar delante de un espejo, en su cuarto de dormir, sin que hasta ahora haya podido averiguarse la causa de resolución tan desesperada. "Larmig" se llevó su secreto á la tumba. Allí yace con él. ¡Pobre amigo mío! ¡Descansa en paz!"

Gaspar Núñez de Arce.

DON LUIS A. MARTINEZ Y GÜERTERO

(De «La Literatura Española en el Siglo XIX,» por el P. D. Francisco Blanco García.)

En las columnas de "La Ilustración Española y Americana" aparecieron unos cantos religiosos, firmados con el modesto é indescifrable nombre de "Larmig." ¿Quién es "Larmig?" preguntó la curiosidad de sus admiradores; y sólo se les contestaba con el silencio, mientras corría con creciente fama el afortunado pseudónimo, cuyo velo se descorrió del todo con una ocasión tristísima, la de haber puesto el poeta fin á sus días por el suicidio (1874). Añádase la presente al número de las inconsecuencias humanas, sí, inconsecuencia fué, y no deducción lógica de los mismos sentimientos en que rebosan sus poesías, el desenlace de tan lúgubre tragedia y repitiendo de pasada lo que todos saben, que "Larmig" no era sino Don Luis A. Ramírez Martínez y Güertero, compadezcámonos de él al recorrer una vez más las maravillosas y nunca marchitas páginas de ese libro, todo de oro, que se llama "Las Mujeres del Evangelio."

La Madre del Verbo encarnado, las dos hermanas, Mar-

ta y Magdalena, la hija de Jairo, la Samaritana y la Verónica, van bosquejando con su aparición el poema maravilloso que comienza en Belén y termina en el Calvario, dejan adivinar un fondo de luz, sobre el que se destaca, ora severa, ora apacible, la faz de Dios hecho hombre, que llora y enseña, ama y sufre y se compadece. "Larmig" bebe en el Evangelio su inspiración, sencillamente casta y honradamente persuasiva; habla al alma, cuyas más secretas fibras remueve en vez de halagar con figuras á los ojos y con sueños á la imaginación. Es lírico de infinita ternura en el canto "A María," y dramático en el de "La Samaritana," y semiépico en las restantes por lo elevado de la narración, pese á las proporciones exiguas del espacio en que se desenvuelve, sin perjuicio de continuar estas cualidades con tanta rapidez como invisible destreza. No relata con la sequedad á que eran tan ocasionados algunos temas, sino con aquella unión mística que todo lo penetra, con aquella seductora candidez, suave como la luz del crepúsculo, que baña con sereno fulgor las más insignificantes escenas. Algo hay allí que se siente mejor · que se analiza, á saber: el espíritu de la tristeza con sus múltiples formas, y el anhelo por inquirir hasta en sus últimas consecuencias la filosofía del dolor, de ese dolor que, siendo la más grande y la más tremenda de las realidades, perenne misterio de la vida y problema indescifrable, es también el principal entre los elementos artísticos, como el que más vive y se nutre de la verdad humana. No se busquen en otra parte el sentido íntimo, el sello de originalidad y las perfecciones que avaloran "Las Mujeres del Evangelio:" de ahí también su carácter subjetivo, derivado de que nunca desaparece, ni en la narración, ni en las sentencias, ni en el diálogo, la personalidad del poeta; antes siempre está delante de los ojos, ceñida con el velo fúnebre de la desgracia.

La trágica muerte de "Larmig" dice bien que no eran afectadas sus quejas; pero basta oírlas para creer en su sinceridad, y para sentir en el alma un reflejo de lo que él sintió tan hondamente, y con tan maravillosa fidelidad interpretaba. Y ahora véase la prueba de lo dicho: véase cómo la simpatía por el dolor informa y vigoriza la musa de "Larmig," inspirándole sus conceptos más delicados y felices. Ya está acudiendo á la memoria del lector esta octava del canto "A María:"

¡Ah! Tú eres el dolor volando al cielo,
Bajel que boga en tormentosos mares;
Tú sabes de la vida el desconsuelo;
Tú sabes, Madre, lo que son pesares;
Es un valle de lágrimas el suelo,
"Y el dolor debe estar en los altares;
"Tú fuiste del dolor símbolo santo,"
"Y tú al llorar enalteciste el llanto."

¡Y cuánta ternura no hay en aquellos dos versos:

Y no te olvides del que gime triste
En este valle donde tú gemiste!

La intimidad de su pena no impide á "Larmig" remontarse á la causa de todas las que afligen al género humano:

El hombre delinquió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente Rey de la desgracia.

La nota pesimista resuena insistente en "Las Mujeres del Evangelio," y está á veces fuera de su lugar, demostrando la irresistible predilección que hacia ella sentía "Larmig;" predilección que le produce grandiosos efectos en el terreno del arte, pero que, si bien se estudia es demasiado exclusivista para inspirada únicamente en el dogma cristiano, cuya amplitud, al mostrarnos los dolores de la vida, los sabe hermanar con las alegres intuiciones de la esperanza.

En cuanto á la forma de estos poemas, tan inseparable del fondo, como de él directamente emanada, con razón se admira y admirará aquel sano clasicismo, en que ni la elegancia perjudica á la sencillez y espontaneidad, ni el relieve de la imagen denuncia el trabajo penoso de quien desbasta y cincela, ni la expresión, por ser elevada, deja de ser precisa, clara y transparente. "Las Mujeres del Evangelio" no parecen, tanto de estos tiempos, como de nuestro siglo de oro; por el candor y la ingenuidad del estilo, así como en la profundidad psicológica, reflejan los angustiosos combates engendrados por el individualismo moderno.

INDICE

Prólogo V
María 3
Magdalena 17
La Samaritana 31
La mujer adúltera 41
Marta 51
Berenice 50
La Hija de Jairo 75
Notas 89

APENDICE

Querellas del vate ciego 103
Artículo de Gaspar Núñez de Arce 123
Artículo del P. D. Francisco Blanco García 127

Gaylord Bros.
Makers
Syracuse, N. Y.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024327713
0 5917 3024327713